

Adriana Assini
Las violetas de invierno



EDICIÓN Y TRADUCCIÓN
MERCEDES GONZÁLEZ DE SANDE

© Adriana Assini, *Las violetas de invierno*
© Edición y Traducción de Mercedes González de Sande
© 2018, ArCiBel Editores, S. L.

Imagen de portada: Adriana Assini

www.arcibel.es
editorial@arcibel.es
Imprime: Quares

ISBN: 978-84-15335-72-6
Depósito Legal: SE 792-2018

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”©, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo.

Adriana Assini

LAS VIOLETAS DE INVIERNO

Edición y Traducción
Mercedes González de Sande

ArCiBel Editores

Índice

Estudio preliminar: Las *salonnières* y su importante papel en la Historia a favor de los derechos de las mujeres..... 7

Las violetas de invierno..... 39

ESTUDIO PRELIMINAR

Las *salonnières* y su importante papel en la Historia a favor de los derechos de las mujeres

(*Mercedes González de Sande*)

“Que finalmente todos entiendan lo que hay que entender: hasta que ciertas ideas no provoquen cierto malestar en quien las pronuncia y escándalo en quien las escucha, nunca habrá justicia en este mundo.”

(Adriana Assini, *Las violetas de invierno*)

Una vez más, Adriana Assini, en su relato *Las violetas de invierno*, reivindica el papel de las mujeres en la Historia, en esta ocasión a través de las *salonnières*, mujeres cultas y de relevante prestigio social, que, en los salones de sus casas¹, reunieron a los más destacados pensadores e intelectuales de sus países y del extranjero, haciendo de estos verdaderos centros de cultura y de erudición, de unión entre hombres y mujeres, así como de difusión de información y de intercambio de ideas entre intelectuales que, con sus muchos y varia-

¹ La moda de los salones, iniciada a finales del siglo XVI, se extendió por toda Europa hasta finales del siglo XIX. Muchas son las teorías sobre el momento exacto en que estos comenzaron a constituirse como tales, aunque, según sostienen algunos estudiosos, como Verena Von Der Heyden-Rynsch (1998), el primer salón propiamente dicho se fundó en Francia, en 1610, de la mano de Madame de Rambouillet.

dos conocimientos, asumieron un papel muy importante en la transformación de la sociedad de su época².

El relato está ambientado en la Francia del siglo XVIII, en pleno fervor de la Ilustración, momento en el que las mujeres, en particular las de las clases más privilegiadas, comenzarán a adquirir cierta autonomía, al menos a nivel social, y a hacerse oír en público. Por otra parte, el espíritu ilustrado extendido por toda Europa y sus defendidos ideales de igualdad y libertad del ciudadano propiciarán que estas confíen en un inminente cambio que, finalmente, las situase a la par que los hombres, tras tantos siglos de luchas en defensa de sus derechos, aunque, desgraciadamente, gran parte de la sociedad seguiría considerándolas inferiores a estos y con una única función social: el cuidado de su familia y de su hogar.

Cabe señalar que un factor determinante, en este período, para el progreso de las mujeres fue el hecho de que la instrucción femenina se extendiera de manera considerable entre las clases más acomodadas. De este modo, no solo las mujeres aristócratas, sino también muchas de la alta burguesía, gracias, precisamente, a su condición social y a su amplia cultura, fueron obteniendo cierto poder y prestigio en la vida pública; participando de forma cada vez más activa en la sociedad, en especial a través de los salones de sus

2 Muy interesantes para profundizar sobre los salones en Europa son los siguientes estudios: Von der Heyden-Rynsch V., *Los salones europeos: las cimas de una cultura femenina desaparecida*, (traducción de José Luis Gil), Península, Madrid, 1998; Betri M. L. y Brambilla E. (eds.), *Salotti e ruolo femminile in Italia. Tra fine del Seicento e i primi del Novecento*, Marsilio, Venecia, 2004; Fumaroli M., *Il salotto, l'accademia, la lingua: tre istituzioni letterarie*, (traducción de Margherita Bott), Adelphi, Milán, 2001; Verna A. M., *Donne del Grand Siècle*, Franco Angeli, Milán, 1994; Craveri B., *La civiltà della conversazione*, Adelphi, Milán, 2001; Francisco García Martínez, "Salonnières: Mujeres que crearon sociedad en los salones ilustrados y románticos de los siglos XVIII y XIX", en M. Cabrera Espinosa (Ed.), *VII Congreso virtual sobre la Historia de las mujeres*, 2015, pp. 213-234.

propias casas, en los que estas organizaban interesantes y provechosas reuniones con intelectuales de diferentes lugares y sexos para discutir sobre las más variadas cuestiones; influyendo, aunque en ocasiones fuera de manera indirecta, en la vida pública y logrando, finalmente, un acercamiento y un nuevo pacto de convivencia entre hombres y mujeres sin igual hasta entonces.

Este ambiente favorable propició que muchas mujeres lograran destacar en los más diferentes campos, llegando, incluso, algunas, a ostentar el título de licenciada, no sin antes haber superado numerosos obstáculos, puesto que el acceso a las universidades aún no les estaba permitido, ni era bien aceptado por una buena parte de la sociedad.

Estas intelectuales, bien posicionadas en la sociedad y privilegiadas por su extrema cultura, que las hacía, en muchos casos, fuertemente influyentes en sus países, pero también dignas de elogio y admiración fuera de sus fronteras, por sus notables y destacadas virtudes, contribuyeron de manera determinante en el progreso femenino, pues, gracias a ellas, cada vez más mujeres tomarán conciencia de la valía y de las capacidades de su sexo y de la posibilidad de superación de las innumerables barreras que la tradición misógina les había impuesto. Del mismo modo, cada vez más hombres reconocerán sus méritos y se atreverán a defenderlas en público, considerándolas iguales y, en muchos casos, superiores a ellos, y tomándolas, finalmente, en consideración.

Y es en este contexto en el que se desarrolla el relato de Adriana Assini, ambientado en el salón parisino de la condesa Margot Florel, durante uno de los muchos debates que allí tenían lugar, sin excepciones, una vez a la semana, desde hacía casi un lustro, “siempre bajo el signo de la cultura, de la elegancia, y de las buenas maneras”, tal y como sostiene la escritora, en un miércoles nevoso y frío de finales diciembre.

En el salón de Madame Florel, personaje de ficción, que pudiera ser cualquiera de las mujeres intelectuales que durante el siglo XVIII regentaron alguno de los muchos salones de París, se reunían hombres y mujeres de la aristocracia y de la alta burguesía, pertenecientes a diferentes ámbitos, en particular artistas, poetas, librepensadores y literatos de ambos sexos, pero sobre todo mujeres de gran cultura y la suficiente autonomía como para poder pasar veladas fuera de sus casas, dedicándose al debate cultural y al intercambio de ideas; lo cual ponía a la condesa bajo el punto de mira de los más conservadores, que no veían con buenos ojos este tipo de encuentros entre féminas demasiado transgresoras y frívolas para sus atrasadas mentes:

Una extravagancia que no pasaba desapercibida, alimentando aún más los rumores sobre Madame, la nueva Aspasia, ya en el punto de mira de los biempen-santes por haber abierto de par en par las puertas de su *salon*, sobre todo a las mujeres, haciendo de este un templo de ninfas y de musas. (pág. 42)

Margot, poeta, música y botánica, era una mujer independiente y de carácter fuerte, admirada por muchos, pero, a su vez, muy criticada por otros, por su peculiar personalidad, por su altanería, por no depender de ningún hombre, pese a tener tres hijos, por ser una mujer de gran cultura y auto-suficiente, por defender la igualdad entre sexos, criticando abiertamente la misoginia imperante en su sociedad y por animar los debates entre mujeres, incitándolas a seguir su ejemplo. Una intelectual al estilo de la relevante marquesa de Rambouillet³, fundadora del primer salón literario parisi-

3 Catherine de Vivonne-Savelli (Roma, 1588- París, 1665), marquesa de Rambouillet, desempeñó un importante papel en su época, como anfitriona, en su palacio Hôtel de Rambouillet, de notables intelectuales y figuras muy influyentes del momento, como el mismísimo cardenal de

no en 1610, cuyo ejemplo tantas mujeres cultas pretendían seguir⁴:

También Margot Florel, que había adquirido el título de condesa, un poco flautista, un poco botánica, y poeta aficionada, había acabado por seguir su ejemplo, marcando las distancias tanto del culto de las apariencias y de las aburridísimas ceremonias de Versalles, como de la inextirpable mala hierba de la misoginia, que seguía propagándose entre sus cortesanos. Y, como la Rambouillet, que había reunido una *bonne compag-*

Richelieu, o escritores como Honoré de Balzac, Vincent Voiture, o Jean Chapelain, entre otros. En su salón consiguió también reunir, por primera vez, a un elevado número de prestigiosas y destacadas mujeres, sin igual hasta el momento, que será pionero y modelo de los salones regentados por mujeres que se extenderán por toda Europa. Entre estas, por citar algunos nombres, destacamos a la marquesa de La-Fayette, a Julia de Angennes (hija de Madame de Rambouillet), Madeleine de Scudery o Madame de Sevigné. Como muchas otras mujeres que se atrevieron a exhibir sus méritos y su alta cultura en público, Madame de Rambouillet, así como las intelectuales que frecuentaban su salón, fueron muy admiradas por los más sensatos, pero también muy criticadas por sus contemporáneos más misóginos, entre ellos el dramaturgo Molière, que se mofará de ellas en su conocida obra *Las preciosas ridículas*, estrenada en París en 1659.

La figura de Madame de Rambouillet fue tan célebre dentro y fuera de sus fronteras que, incluso, aparece citada en el *Diccionario biográfico universal de mujeres célebres*, de Vicente Díez Canseco (Tomo III, Madrid, 1845, pp. 346-47).

4 Para profundizar sobre Madame de Rambouillet y otras importantes salones francesas, así como sobre el papel de los salones en el 1600, como precursores del feminismo europeo y su influencia en la cultura europea, recomiendo los siguientes estudios: Charles-Louis Livet, *Précieux et précieuses: caractères et mœurs littéraires du XVII^e siècle*, París, H. Welter Éditeur, 1895; Louis Chabaud, *Les précurseurs du féminisme, Mesdames de Maintenon, de Genlis, et Campan, leur rôle dans l'éducation chrétienne de la femme*, París, Plon-Nourrit et cie., 1901; Joan Dejean, *Tender Geographies. Women and the Origins of the Novel in France*, New York, Columbia University Press, 1993; Amalia Marín Martí, *El salón como universo social en la Francia del siglo XVII*, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2002.

nie en la acogedora *maison* de rue Saint-Thomas-du-Louvre, también ella, en vez de encerrarse en una torre de marfil, había decidido rodearse de buena gente. (págs. 39-40)

Esa noche se habían reunido en el salón de la condesa nueve comensales: cuatro mujeres de gran cultura y marcada personalidad: Margot Florel, la anfitriona, la música Marie-Ange, la pintora Charlotte, conocida como “La Roja” por el llamativo color de sus cabellos, y la escritora y traductora Camille, apodada “La Gacela” por su estatura; y cinco hombres intelectuales con personalidades bastante estereotipadas y poco definidas, que podrían coincidir con las de otros muchos varones intelectuales de su época: Gustave, de quien la autora apenas facilita datos; Louis de Vannes, escritor de poemas y aficionado al juego; Gilles, joven hispanofrancés, profesor de Literatura antigua en La Sorbona; Paul Dérain, poeta aficionado que preparaba la carrera de forense; y Michel, escritor y reconocido periodista.

Además de los nueve protagonistas, cabe destacar la presencia de dos personajes secundarios que aparecerán ocasionalmente en la escena con un papel menos relevante en el desarrollo de la trama, pero muy simbólico: Justine, la cocinera, y Louise, la sirvienta; casi a modo de homenaje a las mujeres de las clases menos privilegiadas y más desprotegidas, completamente silenciadas en los documentos históricos, a las que la autora no ha querido olvidar en su relato, pues también ellas fueron protagonistas de la Historia y contribuyeron altamente en el desarrollo de esta, aunque muy pocos les hayan querido atribuir la importancia que se merecen.

La abundante nieve había cubierto las carreteras de tal forma que los huéspedes tuvieron que demorarse más tiempo en casa de su anfitriona y pasar la noche allí, hasta que amainase el temporal; lo que les proporcionó más

espacio para poder debatir sobre una cuestión que ese día estaba siendo muy candente: la inferioridad femenina con respecto a los hombres, al más puro estilo de la Querrela de las mujeres; tomando como punto de partida del debate las ideas misóginas de algunos pensadores representativos del pasado y del presente, entre ellos su contemporáneo, Voltaire, quien, a pesar de ser uno de los más prestigiosos pensadores ilustrados, era también conocido por sus muchos juicios negativos contra las mujeres, pese a haber sido amante de la matemática, física y filósofa Émilie du Châtelet⁵, una de las figuras más destacadas de la época, incluso por encima de su propio amante, como sostenían las damas allí presentes:

“No pocas veces, cuando ella aún vivía, nuestro François-Marie confesaba que la habría preferido algo menos aguda, con una mente menos penetrante... ¿Habríais podido imaginar semejante bajeza por parte de uno de su calibre? Y sin embargo...” [...]

A ella, a Émilie, la había conocido en un baile de la corte y estaba dispuesta a jurar que era mil veces superior a su compañero. Por cultura y por temperamento. Personalidad de mil facetas, podía cocer un huevo pasado por agua de once modos diferentes y, al mismo tiempo, disertar sobre Descartes. Tanto escribía que tenía siempre las manos manchadas de tinta; bebía vino para desayunar y dormía poquísimo, mientras pasaba las horas estudiando y traduciendo del griego. “Ostentaba el descaro de los genios...”, añadió con una mezcla de añoranza y de devoción. Por otra parte, si la du

5 Para ampliar la información sobre esta prestigiosa intelectual, recomendando la interesante introducción preparada por Isabel Morant Deusa, “La felicidad de Madame du Châtelet: vida y estilo del siglo XVIII”, que precede a la edición de la obra: Madame du Châtelet, *Discurso sobre la felicidad y Correspondencia*, Madrid, Cátedra, 2002 (4ª edición), pp. 11-92.

Chatelet no hubiera sido una mujer fuera de lo común, ¿cómo habría podido vestirse de hombre con tal de superar las prohibiciones y sobrepasar la entrada de los Cafés donde se reunían los científicos con los que pretendía medirse? “En su castillo conserva más de diez mil libros”, continuó la *Roja*, con la certeza de impresionar al público. Y lo bueno era que en aquel castillo perdido en la Champaña, la conocida matemática hacía de todo, repitiendo con éxito los experimentos científicos de Newton y añadiendo otros nuevos. (pág. 48)

La crítica a Voltaire será aún más incisiva por no haber apoyado nunca a las mujeres, ni haber defendido el acceso de estas a la educación, no obstante la gran influencia que hubiera podido ejercer en la sociedad de su época, que tanto lo adulaba:

Desde que el prestigioso enciclopedista había caído en desgracia en la corte por haber criticado a la monarquía, las *salonnières* más en auge de París competían para invitarlo a sus veladas. “Sabe sobre cualquier cosa y materia. Pero su mejor virtud es el haber compartido durante años estudios y alcoba con una de las mujeres más inteligentes y cultas de reino. Haciéndole justicia, semejante elección no elimina sus errores, habiendo sido el primero de todos en no haber aprovechado su fama para sensibilizar a la opinión pública sobre el vergonzoso retraso que aún se constata en la instrucción femenina. Por otra parte, ni siquiera se ha dignado nunca a escribir una sola línea al respecto...” (pág. 46)

Las cuatro damas participantes en el debate aprovecharán también para lanzar duras críticas contra otros grandes ilustrados, quienes, contrariamente a las ideas que defendían, en vez de reconocer, de una vez por todas, la valía de las mujeres y la legitimidad de considerarlas ciudadanas de ple-

no derecho, en igualdad de condiciones con los hombres, seguían compartiendo el pensamiento misógino con la peor calaña de la sociedad:

“El fango, *hélas!*, no atrae solo a los canallas y a los pervertidos. A veces también los más ilustrados ceden a la tentación de escarbar dentro de este...”, comentó Charlotte sin pelos en la lengua. “Casi como si, de vez en cuando, el esfuerzo de elevar tan alto su espíritu, de repente, los empujara hacia atrás, hacia la brutalidad primitiva de los orígenes, a las zonas más ínfimas de la naturaleza humana...” (pág. 48)

En particular modo, harán referencia a Jean-Jacques Rousseau, quizá el pensador más misógino de su tiempo, a quien nuestras protagonistas criticarán duramente por sus continuos ataques contra el sexo débil y por influir negativamente, con su atrasado pensamiento, sobre la sociedad de la época, obstaculizando el progreso de las mujeres:

...al gran filósofo no le perdonaba ciertos comentarios en contra de las mujeres, como aquellas ocasiones en las que había arremetido contra los hombres *vilmente obsequiosos ante la voluntad del sexo al que deberían proteger y no servir*. No contento, había señalado a aquellas parisinas que, al igual que Margot, tenían el descaro de reunir en sus casas a un serrallo de varones, según decía, cada vez más semejantes a las hembras, porque estaban domesticados por las sensiblerías de aquel tipo de encuentros. (pág. 43)

“¡Que parlotee lo que quiera ese buen hombre! ¡Si se diera la más mínima cuenta de su atraso...! ¡Que se retire al campo entre los pájaros y los arroyos...!”, continuó la anfitriona, encogiéndose ligeramente de hombros. Según su parecer, por lo que concernía a la relación entre sexos, el buen Jean-Jacques estaba anquilo-

sado en posiciones de hace siglos. “¡Desde luego, no logra ir con los tiempos!” Para eso, prefería mil veces a uno como Montaigne, muerto y enterrado desde hacía más de medio siglo, pero, sin duda alguna, más moderno: en su despreocupada búsqueda de una vía lúdica de la existencia, deseaba el entendimiento y la igualdad entre sexos: “Enseñemos a las mujeres a hacerse valer, a estimarse, a deleitarnos y a engañarnos...”

Las participantes unidas se lamentarán, además, por la discriminación y la falta de reconocimiento que aún sufrían las mujeres en la era moderna, pese a los muchos avances obtenidos en todos los campos; en gran parte por culpa de todos estos pensadores que tanto condicionaban en el pensamiento del pueblo:

Marie-Ange interrogó a los presentes: “Ante semejante agraciado ingenio, ¿qué tienen que objetar nuestros caballeros? En el caso de que tuvieran algo que hacerse perdonar, esta podría ser la ocasión para enmendarlo... A no ser que queráis obstinaros en sostener la inferioridad de las mujeres, pero mintiendo y sabiendo que mentís...”

La *salonnière* la apoyó: “Que, finalmente, todos entiendan lo que hay que entender: que hasta que ciertas ideas no provoquen cierto malestar en quien las pronuncia y escándalo en quien las escucha, nunca habrá justicia en este mundo.”

“¡Encuentro increíble que aún se nos pida que nos quedemos en la sombra, mientras el mundo galopa hacia adelante!”, explotó Charlotte. Lamentaba que la planta de la misoginia no diera visos de secarse, no obstante hubieran pasado siglos desde que las mujeres fueran, incluso, excluidas de los censos de la población, hasta que por razones fiscales, al emperador Diocleciano se le ocurrió que las contaran también a ellas.

“Existía ya en el año III de la era cristiana e imagino que alguna antepasada nuestra se debió ilusionar, pensando que las cosas estaban cambiando también para las maltratadas hijas de Eva...”, concluyó con extrema ironía. (pág. 49)

Asimismo, harán un repaso por la misoginia secular, reincidente en todas las épocas, lamentándose del hecho de que, en este sentido, no se hubiera progresado en absoluto, sino más bien lo contrario. Parecía increíble y, sin embargo, era cierto, que, en el Siglo de las Luces, afirmaciones tan ancestrales como las que sostenían que las mujeres carecían de alma, siendo semejantes a los animales, o que eran inestables, o inferiores a los hombres por naturaleza aún siguieran siendo compartidas por muchos ilustrados, que, para defender su absurdo pensamiento, se apoyaban en las teorías misóginas que, durante siglos, tantos pensadores y hombres ilustres habían argumentado contra el sexo opuesto. Y todo esto pese al gran número de mujeres relevantes que sobresalían en aquel momento, como subrayarán las cuatro damas, sacando a relucir a figuras femeninas de la época destacadas por sus méritos y sus altas capacidades y que superaban con creces a muchos de los hombres que las rodeaban; como es el caso de la ya mencionada Émilie du Châtelet, la científica, amante del gran filósofo Voltaire, o Françoise d'Aubigné, conocida como Madame de Maintenon, amante y, después, segunda esposa del monarca Luis XIV de Francia, sobre el que ejerció una gran influencia⁶.

6 Resultan interesantes, para profundizar sobre Madame de Maintenon, los siguientes ensayos de Benedetta Craveri: “Madame de Maintenon. L'istitutrice di Francia”, en *Amanti e regine: Il potere delle donne*, Adelphi, Milán, 2005 (versión en español: *Amantes y reinas: El poder de las mujeres*, Siruela, Madrid, 2006), y “Madame de Maintenon e Ninon de L'Enclos”, *La civiltà della conversazione*, cit. (versión en español: *La cultura de la conversación*, Madrid, Siruela, 2003).

Por otra parte, en consonancia con las reivindicaciones seculares de tantas mujeres de diferentes épocas y culturas, criticarán que a estas se les continúe obstaculizando el acceso a la educación; lo que las hace vulnerables e indefensas en la sociedad, a la vez que sitúa a los hombres en una clara posición de superioridad con respecto a ellas:

Otra ronda de coñac, mientras la discusión entre los grupos opuestos se hacía cada vez más candente: los que sostenían el derecho a la instrucción y al libre albedrío de las mujeres y los que, aun concediéndoles el beneficio del estudio, las preferían, sin embargo, obedientes y castas, como lo habían sido ciertas heroínas clásicas, desde Penélope a Lucrecia. (pág. 45)

El debate se enciende, fundamentalmente, tras la atrevida pregunta lanzada por uno de los participantes, Louis de Vannes, quien, para demostrar que las mujeres son inferiores a los hombres, como corroboración de sus teorías misóginas, les recuerda a sus interlocutoras la amplia lista de hombres representativos e importantes que han destacado a lo largo de la Historia, frente a la casi inexistencia de figuras femeninas históricamente relevantes:

“Voy inmediatamente al grano. Por mi parte, aprecio la sagacidad de ciertas mujeres y admiro a las que, además de mostrar sus destrezas con la aguja y entre fogones, saben conducir también una buena conversación. Pero no os lo toméis a mal, si os digo que de ahí a sostener que Eva es igual que Adán, hay un trecho... Por eso, para ser breves, os pregunto: ¿qué hacían las mujeres cuando Leonardo pintaba la Última Cena?” Hizo una pequeña pausa, para dar más empaque a su pregunta, después se colocó el foulard blanco jaspeado de azul y retomó el asunto: “¿Podríaís explicarme por qué misteriosa razón entre el noble sexo no ha habido nunca rastro

de genios? ¿Dónde están escondidas las obras maestras de vuestras antepasadas? De las de nuestros antepasados están llenas las iglesias, las plazas, las casas...”

Fervoroso, no abandonó su presa: “Si hojeamos los libros de Historia, la estirpe de Adán ha engendrado a Julio César, Carlo Magno, Guillermo el Conquistador, Federico II, *el estupor del mundo*, y a tantos más que, de nombrarlos a todos, haría falta un año entero. Y vosotras, en cambio, ¿a quién enumeráis entre vuestras filas? Si es verdad que los hechos valen más que las quejas, esta noche servirá para que nos aclaremos de una vez por todas las ideas...” (pág. 52)

A raíz de esa provocación, las mujeres participantes en el debate, dirigidas por la anfitriona, que encabezará la discusión, irán exponiendo diferentes argumentaciones para derribar las inconsistentes afirmaciones de su compañero, compartidas también por los demás varones presentes en la sala, y que no eran otras que las que tantos hombres habían sostenido a lo largo de los siglos. De este modo, comenzarán por turnos a enumerar una serie de razones por las que las que las mujeres no han sido consideradas o han destacado menos que los hombres en el transcurso de la Historia. La primera razón y la más evidente, a su vez, es que si estas no destacaron nunca por encima de ellos, fue porque estos mismos hombres, las religiones y las leyes imperantes les impidieron dedicarse a otros asuntos más allá del hogar y del cuidado de sus propias familias:

“¡Esperad a sacar conclusiones a vuestro favor, *mon-sieur*! No he terminado, en absoluto, mi razonamiento... Pues bien, si nuestras antepasadas no hacían más que encargarse del cuidado de la casa y de sus familias ¡no era, sin duda, porque así lo hubiera querido la naturaleza! sino porque, ¡ay de nosotras!, el estudio y las

demás actividades en que se cimentaban los hombres, a estas les eran negados en cualquiera de sus formas, con la complicidad de la ley y de la religión. Y todos vosotros, queridos señores, bien sabéis cuán arduo es eludir las imposiciones del poder dominante, capaz de condenar y castigar a todo aquel que desobedezca sus reglas. Desde que el mundo es mundo, trasgredir requiere los medios necesarios para sobrevivir en cuanto a uno se le aísle, y, en todo caso, es un privilegio reservado a los locos y a los héroes.” Suspiró, solidaria con todas aquellas que, durante siglos, no habían podido aprender ni siquiera a escribir su nombre. Con todas las que no habían podido elegir su esposo. “Durante demasiado tiempo no hemos sido dueñas de decidir nuestra suerte. Y aún a día de hoy la partida no está ganada, aunque, en verdad, se vislumbre un rayo de luz...” Se echó una gota de licor y siguió adelante: “Después de mis breves observaciones, ¿hay quizá alguno entre vosotros, hombres iluminados, que aún se sorprende si, no teniendo voz ni voto en nada, nuestras antepasadas fueron obligadas a renegar de sí mismas, permaneciendo en los márgenes del arte, de los estudios y de las cosas excelsas?” La pregunta era retórica, dado que no esperó respuesta y siguió con su exposición: “Por tanto, no exagero si afirmo que la ausencia de las mujeres en la Historia no es debida a la escasez de sus capacidades y de su mente, sino a una mentalidad misógina y tiránica dura de extirpar.” (pág. 54)

Por otra parte, como sostendrán las participantes, las mujeres relevantes han sido y son menos conocidas porque la tradición misógina, intencionadamente, apenas se ha interesado en escribir sobre ellas, a diferencia de los hombres, sobre los que tanto se ha escrito, aunque fueran, en muchas ocasiones, menos importantes que estas:

“Afirmaré, entonces, que a pesar de la represión de los curas y de las injurias de los padres, ha habido hermanas afortunadas, que han tenido la fuerza de desafiar los prejuicios de sus tiempos, combatiendo obstáculos y prohibiciones, demostrando que, si se le proporcionaban los medios, no tenían nada que envidiar a la raza de Adán... Habéis de saber que no son bichos raros, como quizá sois propensos a creer: si no las conocéis, es porque sus obras y sus pensamientos no han encontrado espacio en las páginas de los libros...” (pág. 56)

Un modo más de los hombres de silenciar a las mujeres y ocultar sus méritos, para seguir manteniendo su superioridad frente a estas y seguir sometiéndolas bajo su dominio:

“¿Cómo es que su nombre no es conocido? Si de verdad ostentaba semejante talento, ¿por qué las crónicas la han ignorado?”, preguntó Paul, más por llevar la contraria que por otra cosa.

“Creo que ya habéis tenido la respuesta a esta pregunta, pero como la paciencia es la virtud de los fuertes, os repetiré lo que he dicho al principio de nuestro afable enfrentamiento: la Historia, *mon cher ami*, la habéis escrito vosotros los hombres, ignorando a propósito las hazañas de las mujeres. (pág. 73)

Sin embargo, y pese a tales afirmaciones, las cuatro damas aprovecharán la ocasión para dejar perplejos a sus compañeros y derribar sus poco sólidas afirmaciones, enumerando una larga lista de mujeres representativas de las más diferentes épocas y culturas, que, no obstante todos los obstáculos que les fueron impuestos por su condición sexual, tuvieron un papel relevante en la Historia. Para ello, las dividirán por categorías, comenzando, en primer lugar, por las soberanas, mujeres de gran poder que influyeron notablemente en los pueblos que gobernaron, y “cuya fama ha

desafiado los siglos y el olvido de los historiadores”. Entre ellas, Semíramis, la reina de Asiria, Cleopatra, desgraciadamente más conocida por sus escarceos amorosos que por sus virtudes como reina de Egipto, pese a sus grandes logros; Dido, primera reina de Cartago, Zenobia, reina de Palmira, incluida por Boccaccio entre las cien mujeres más importantes de la Historia, o las ilustres soberanas de Bizancio: desde Teodora hasta Atenaida, Irene Ducas, Ana Dalasena, Zoe Porfirogeneta, Eudocia o Ana Comneno, solo por citar a algunas; asimismo, destacarán a relevantes mujeres occidentales de gran poder, como Leonor de Aquitania, o la jueza sarda Leonor de Arborea, o la Condesa Matilde de Canosa, Catalina de Médici, Isabel de Tudor, Cristina de Suecia, o la reina de España, Isabel La Católica, mucho más poderosa e influyente que su propio marido:

“De Francia a España el paso es breve”, debutó introduciendo a la figura de Isabel la Católica, que había reinado en Castilla durante seis lustros, muriendo algún año antes de que Catalina de Médici subiera al trono de Francia. Había sido ella, llamada la Santa y la Guerrera, quien, con largas miras políticas y destacada sensibilidad por los negocios, había financiado el viaje de Colón hacia las Indias. Su marido Fernando, un fanfarrón, contaba menos que un cero a la izquierda. En efecto, quien manejaba siempre el timón era Isabel: ya con mano suave, ya con puño de hierro, había mantenido unido a todo un reino. Equivocándose o con razón, había bajado al campo de batalla, ganando la guerra contra los moros. Habiendo pedido y obtenido por parte del Papa poder establecer el Tribunal de la Inquisición en España, lo presenció personalmente. También el decreto con el que expulsó a los hebreos de sus territorios lleva su firma. No sé si esto estaba bien o mal, pero el hecho demuestra

que quien tomaba las decisiones más importantes era siempre ella...” (pág. 67)

Tras esta breve exposición de soberanas y mujeres de poder, que tanto influyeron en los gobiernos de sus países, que, según las comensales, no pretendía ser exhaustiva, dado el limitado tiempo del que disponían para defender sus argumentos, los varones participantes, atónitos, iban sofocando su orgullo, con una mezcla de resignación y asombro, desarmados ante la relevancia de tantas figuras de prestigio, en quienes nunca habían reparado o que, incluso, desconocían:

Miró a su alrededor complacida: los representantes del sexo fuerte habían perdido algo de aquel aire de gallos silvestres que a veces los hacía insoportables. Oídos abiertos, bocas cerradas, esperaban diligentemente la prosecución del relato. (págs. 63-64)

Sorprendía observar cómo aquellos hombres de alta cuna y aparente gran cultura, carecían de información sobre personajes tan importantes de la Historia o si de estas conocían algún detalle, era simplemente anecdótico y trivial; prueba de que los prejuicios de los hombres contra las mujeres derivan, en buena parte, de la gran ignorancia que sobre estas poseen. De hecho, sobre las figuras femeninas que se iban mencionando, con frecuencia, los participantes en el debate, hacían comentarios frívolos con relación a sus escarceos amorosos o a simples datos anecdóticos, restando importancia a los detalles verdaderamente significativos de sus vidas y por los cuales estas fueron relevantes; tal y como siempre hicieron los hombres con respecto a las mujeres a lo largo de la Historia; como podemos observar en el siguiente fragmento:

Nos agrada que las bizantinas vistieran con fastuosidad y que supieran estar a la mesa mejor que las demás, pero ¿está aquí todo su mérito?”, provocó Gilles,

más por añadir un poco de leña a la discusión que por convicción.

[...] Esta vez, con el rostro enrojecido, el buen Gilles protestó: ¿cómo se podía dudar de que uno como él, profesor de literatura en la Sorbona, ignorase a la Comneno, princesa iluminada dedicada a las letras? Tampoco ignoraba a Teodora: “El eco de su licenciada vida ha llegado hasta nosotros... Se dice que era hija de un guardián de osos y que desde jovencita recorría los escenarios de los teatros recitando las partes más lascivas del guion. Era hermosa y tenía multitud de amantes. Después, besada por la fortuna, hizo que Justiniano perdiera la cabeza por ella, un óptimo partido, y cuando este se convirtió en emperador, ¡ahí fue cuando la cortesana Teodora se encontró bien acomodada!”

Paul se unió a su amigo: “Conozco yo también la historia de esta emperatriz de pasado controvertido, pero, al contrario que mi amigo Gilles, tiendo a ser con ella menos severo. ¿No es acaso un signo de inteligencia encontrar el modo de salvarse de una vida cubierta de sombras? Por tanto, aprecio su mérito si después del circo acabó en el trono...”

“Me asocio a Paul”, intervino Michel. “Si el fin es bueno, el ingenio de las señoras no solo no me asusta, sino que me agrada. Por lo demás, confieso que me gustaría saber más sobre Ana Comneno...” Su voz era amable, pero de su mirada maliciosa asomaba la sospecha de que aquellas criaturas fueran fruto de antiguas leyendas, figuras nacidas de la pluma de algún fantástico escritorzuelo. (págs. 60-61)

Algo que, sin duda, no habría ocurrido si la exposición hubiera hecho referencia a figuras ilustres masculinas, de las que siempre se exaltaron sus méritos y sus glorias y hasta,

incluso, aspectos que en las mujeres hubieran sido muy reprobables:

“Esta vez la suerte ayudó a los audaces amantes, que contrajeron matrimonio la misma noche del asesinato. Después, murió también Miguel, pero de muerte natural. Y a Zoe le tocó casarse por tercera vez...”

Louis de Vannes la interrumpió: “Una mujer enérgica, ¿no cabe duda!” ¡Cambiaba de marido con la desenvoltura con la que cambiaba de vestido!”

“¿Habríais hecho el mismo comentario si se hubiera tratado de un hombre?”, le contestó enseguida la relatora. “Carlo Magno llegó a tener hasta cinco mujeres, pero estoy segura de que ninguno de vosotros lo reprueba por ello. Es más, imagino que la cuestión os suscita algo de envidia. Como de costumbre, señores míos, se usan dos pesos y dos medidas...” (pág. 63)

Lo cierto es que en la historia de los hombres y las mujeres siempre se han usado dos pesos y dos medidas diferentes, como sostienen nuestras cuatro damas, pues, a diferencia de los hombres de relieve, continuamente ensalzados en los documentos históricos, a las figuras femeninas, pese a sus notables méritos, salvo raras excepciones, se tendía a obviarlas, minusvalorarlas, despreciarlas, o, incluso, en los casos en los que se escribió sobre ellas, a tergiversar la realidad de sus vidas, mostrando solo la parte más frívola o anecdótica de estas y escondiendo sus verdaderos méritos para no hacerlas destacar por encima de los hombres.

Tras la exposición de las mujeres de poder, las cuatro ponentes pasarán el turno a las místicas, destacando nombres tan relevantes como Margarita Porete, Catalina de Siena o Santa Teresa de Ávila.

Continuarán su exposición dando paso a las mujeres destacadas en el campo de las artes, convencidas de dejar estupefactos a los varones presentes en la sala, que ignoraban

cualquier dato sobre la posible existencia de figuras relevantes en este ámbito.

La primera mencionada será la escultora y arquitecta alemana Sabina von Steinbach. Asimismo, harán también mención a las pintoras que ilustraban las sagradas escrituras en la Edad Media, ya en las vísperas del año 1000. Entre estas, destacarán un buen número de artistas españolas, como la zamorana Teresa Díez, autora de los frescos que decoran las paredes de la iglesia de Santa Clara en Toro, o la sevillana Luisa Ignacia Roldán, escultora barroca. También harán mención a la religiosa Herrat von Landsberg, autora de las imágenes de la primera enciclopedia ilustrada de la historia, a la filósofa y miniaturista Hildegarda von Bingen, o a las pintoras italianas Pautilla Nelli, Catalina Vigri, Fede Galizia, Lavinia Fontana y Sofonisba Anguissola, de quien sostiene lo siguiente:

“Su historia respira en la sombra, a la espera de que alguna mente iluminada la descubra como se merece. Por ahora, os baste saber que el propio Miguel Ángel alabó su talento, y después también el Papa de aquel tiempo, de manera que muy pronto trabajó para las mayores cortes italianas, desde la de Mantua, al Gran Ducado de Toscana. Hasta que su fama llegó hasta España, a donde acudió llamada por el rey Felipe II y vivió en su corte con todos los honores por tres largos lustros.” (págs. 76-77)

También mencionarán a la escultora renacentista Properzia de' Rossi, con afirmaciones tan contundentes sobre el mérito de su escultura, como la que aquí reproducimos:

Ella, boloñesa, “osó poner sus cándidas y tiernas manos entre la rugosidad del mármol y la aspereza del hierro”, casi como si quisiera -para decirlo con palabras de Vasari- “quitar a los hombres el alarde de su superioridad en asuntos que consideraban cosa de ellos”. (pág. 76)

Y no olvidarán tampoco a Marietta Robusti, conocida como “la Tintoretta”, hija del prestigioso pintor Tintoretto, cuyo padre, tras haberle enseñado la técnica de la pintura e inculcado la pasión por este arte, impidió que se marchara a pintar a las cortes de Austria y de España, que requerían sus servicios, obligándola a casarse y a cumplir sus funciones de esposa y futura madre, arrastrándola, con ello, a un destino fatal, puesto que morirá durante el parto:

Quizá por egoísmo, quizá por demasiado afecto. El hecho es que, con tal de tenerla a su lado, la obligó a casarse y, por consiguiente, a permanecer en la laguna. No fue una buena idea, puesto que, algún año después, la pobre Marietta murió de parto...” (pág. 79)

En este momento del debate, la anfitriona aprovecha para criticar duramente la prepotencia de los hombres de ciencia, que también desdeñaron la preciada labor de las mujeres implicadas en los partos, en beneficio de los médicos, al sentir las inferiores a estos, solo por su condición sexual:

“Me perdonaréis si introduzco una nota discordante, pero la muerte causada por el parto me trae a la mente la prepotencia con la que los hombres de ciencia quisieron arrancar de las manos delicadas y sabias de las parteras, comadronas y *femmes savantes*, el cuidado del cuerpo de las mujeres, para confiárselo a las rudas, inexpertas e ignorantes manos de los presuntuosísimos doctores, solo por el hecho de ser varones...” (Ibid.)

Asimismo, destacarán a Artemisia Gentileschi, de quien también mencionarán su triste afrenta, tras haber sido agredida sexualmente por un colega y cubierta de vergüenza y de desconfianza por el hecho de ser mujer y haberse atrevido a denunciarlo; aunque, como mujer fuerte y valiente que era,

no se rindió ante la adversidad y logró salir adelante, conquistando una gran fama como pintora en su época:

“Artemisia Gentileschi es recurrente con frecuencia en los discursos cuando se habla de la gran pintura del siglo pasado”, contó con entusiasmo, explicando lo que se sabía de ella: hija de un conocido pintor, ya desde jovencita había aprendido a desenvolverse entre los colores y las mezclas, la perspectiva y el claroscuro. Sin embargo, en aquel ambiente dominado por los hombres, tuvo que superar las habituales desconfianzas y sufrir también la violencia carnal de un colega. Denunció a su agresor y fue a juicio, pero su violador se las apañó con una multa y ella fue cubierta de vergüenza. A pesar de ello, gracias a su fuerte temperamento, no se dio por vencida y prosiguió su camino, rodeándose de éxitos. “Cuando su talento le dio su justa fama, fueron tantos los interesados en tener una obra suya, que, a menudo, para contentarlos, hubo de transferirse primero a Nápoles y después a Génova. Hasta que su reputación atravesó valles y mares, llegando hasta Londres. Entonces, el rey de Inglaterra, que era un gran mecenas, insistió para tenerla en su corte, junto a artistas de la talla de Van Dyck.” (págs. 79-80)

Concluirán la lista de artistas, citando a la pintora flamenca Clara Peeters y a las miniaturistas Esther Inglis y Levina Bening, precisando que se trataba solo de un número simbólico de figuras representativas que, pese a los muchos obstáculos que tuvieron que superar, por el simple hecho de pertenecer al sexo débil, lograron abrirse camino y demostrar su valía en sus diferentes épocas y culturas misóginas, en las que las mujeres carecían de consideración:

Terminada también la presentación de Levina, madame Florel, movió los hilos de la discusión: “Que

nos perdonen todas las artistas, y no son pocas, que, por cuestiones de tiempo, no hemos mencionado aquí. Como he dicho antes, si nos lo pedís, será un placer para nosotras encontrar otra ocasión para homenajearlas como, sin duda, se merecen. Entretanto, me parece que, sin demasiada presunción, hemos demostrado a nuestros pacientes caballeros que, pese a que las mujeres hayan sido siempre hostigadas, ocultadas, reducidas al silencio, muchas de ellas lograron igualmente hacerse valer, dejándonos obras insignes de cuya contemplación aún hoy podemos gozar.” (pág. 82)

A continuación, las cuatro damas pasarán a enumerar un listado representativo de mujeres relevantes en el campo de las ciencias, comenzando por Hipatia de Alejandria, la notable filósofa, astrónoma y matemática griega. Tampoco olvidarán a Trótula de Ruggiero, ni a Elena Cornaro Piscopia, la primera mujer licenciada en Italia, en 1678⁷, o a la astrónoma polaca Maria Cunitz. Por último, harán mención a las astrónomas Sophie Brahe, Virginia Galilei, Margareth Cavendish, Maria Winkelmann y a la botánica Anna Maria Sibylla Merian.

Introduciendo el argumento con unas notas de piano, la anfitriona cedió el turno a las mujeres relevantes en el mundo de la música, comenzando por el *Canto delle dame*, “un grupo de cantantes italianas, todas profesionales, activas en la Casa de Este”, cuyo estilo de canto, muy ornado, “llegó a conquistar tal fama que fue tomado como ejemplo por muchos compositores de la época”. Asimismo, mencionarán a otras músicas de prestigio, como Laura Peverara, Anna Guarini, Livia Arco, Tarquinia Molza, Bárbara Strozzi, o Francesca Caccini.

7 Sobre las mujeres intelectuales en Italia, en el período de la Ilustración, véase: González de Sande, Mercedes, *El florecimiento cultural de las mujeres en el siglo XVIII italiano*, “RSEI. Revista de la Sociedad Española de Italianistas”, 2018.

A diferencia de las demás mujeres ilustres que habían ido presentando a lo largo del debate, esta vez, en el caso de las músicas, se hará también mención a dos relevantes contemporáneas, aún vivas y bien conocidas entre los intelectuales del momento: la compositora e intérprete de clavecín Élisabeth Jacquet de la Guerre, así como la destacada bailarina Françoise Prévost, famosa en todo el mundo por su maestría y originalidad en el arte de la danza.

Toca el turno de las literatas, encabezadas por la célebre poeta de Lesbos Safo, bien conocida por todos. Tras ella, citarán una serie de intelectuales de gran valor literario, pero desconocidas por los invitados varones, al igual que la mayoría de las figuras femeninas mencionadas hasta el momento. Entre estas, Hroswitha de Gandersheim, canonesa y poeta, de la época del emperador Otón I. A continuación, pasarán por turnos a hablar de las trovadoras de Occitania y de María de Francia, la primera poeta que escribió poesías en francés en vez de en latín, seguidas de Juana Inés de la Cruz y Margarita de Angulema, reina de Navarra. Posteriormente, harán mención a Marie-Madeleine Pioche de la Vergne, la condesa de La Fayette, y a las poetas italianas Verónica Gambara, Vittoria Colonna, Isabella Morra y Gaspara Stampa.

Concluirán su exposición, citando a una serie de filósofas representativas, entre ellas Diotima de Mantinea, la socrática; Iparchia, la cínica; Leoncia, la epicúrea, Temistoclea, la pitagórica, y Aspasia de Mileto, de quien, como sostenía Margot, “a fuerza de criticarla por su vida libre, habían olvidado que estaba preparada en retórica y en filosofía y que, según Plutarco, el propio Sócrates *la frecuentaba con interés*”. (pág. 92)

Seguirán nuestras cuatro damas mencionando mujeres relevantes en el campo de las letras, impresionando y, a la vez, hastiando a sus humillados interlocutores con tanto alarde de erudición al femenino, para acabar su lista de pensadoras y literatas con la poeta veneciana Lucrezia Marinelli y su

tratado a favor de las mujeres contra el libreto misógino *Dei donneschi difetti*, escrito por Giuseppe Passi⁸.

No podían tampoco olvidar a las heroínas, mujeres valientes y guerreras, que habían luchado para defender sus países, como Juana de Arco; ni tampoco a aquellas mujeres que habían luchado para defenderse a sí mismas y su independencia frente al dominio de los hombres, como la pirata escandinava Alwida, o la corsaria y patriota irlandesa Mary O'Malley, entre otras.

En total, en el transcurso de pocas horas y en poco más de cincuenta páginas de relato, las protagonistas del debate mencionarán a cerca de cien mujeres de gran relieve, casi a modo de preludeo de una lista que parecía no tener fin. Sin embargo, el amanecer llega y los comensales comienzan a notar el cansancio de tan intensa velada, por lo que deciden suspender su larga e interesante conversación, posponiéndola para un nuevo encuentro. Aquella amplia lista de mujeres ilustres que tanto contribuyeron al progreso de sus sociedades y las sólidas argumentaciones de las cuatro damas a favor del “sexo débil” y de su relevancia histórica, de algún modo, había dejado huella en esos incrédulos interlocutores, que habían escuchado, con una mezcla de desconfianza y suficiencia, de perplejidad y admiración, las convincentes palabras de sus compañeras. En el fondo, pese al escepticismo que estos manifestaban, sus compañeras de debate habían conseguido remover sus conciencias y hacerles ver que todo aquello que durante siglos se había pensado y escrito sobre las mujeres no era, en realidad, tan cierto. Sin embargo, la

8 Nos referimos al tratado *La nobiltà, et l'eccellenza delle donne, co' difetti, e mancamenti de gli huomini*, publicado en Venecia, por la Editorial G. Battista Combi, en 1621, del que recomendamos su edición bilingüe en español e italiano, preparada por Mercedes Arriaga Flórez, Antonella Cagnolati, Mercedes González de Sande *et al.*, *Lucrezia Marinella: La nobleza y excelencia de las mujeres*, Sevilla, Arcibel, 2013.

mentalidad misógina imperante estaba tan arraigada en la sociedad que ellos mismos eran conscientes de que esta conversación no trascendería, por mucho que hubiera hecho mella en ellos, y que sería necesario aún mucho tiempo para que la sociedad acabara aceptando una realidad tan oculta e indeseada por muchos y reconociendo a las mujeres en igualdad de condiciones con los hombres:

“¿Qué decís, señores, de este carrusel de artistas y científicas?”, dijo Charlotte con aire de quien acaba de ganar una difícil partida de ajedrez. “¿Alguna vez habríais creído que fueran tantas y tan dotadas? ¡Y eso que no las hemos mencionado a todas!”

Por lo que a mí respecta, admito que estoy sorprendido”, dijo Gilles. “Sin embargo, si, por un lado, siento malestar por la ignorancia que hasta esta noche fomentaba mi presunción, por otro, me siento justificado por el hecho de que, muy a menudo, la voluntad individual choca contra la tiranía del poder dominante, sin escrúpulos a la hora de decidir qué hacernos saber y en qué dosis.” (pág. 89)

Por su parte, también las cuatro protagonistas sabían que su exposición, pese a haber penetrado, en cierto modo, en las conciencias de sus interlocutores, aún quedaba lejos de convencerlos de la igualdad entre sexos, a causa del pensamiento dominante de la Ilustración y de textos misóginos, como la Enciclopedia, que seguían considerando a las mujeres inferiores a los hombres y guiando a la sociedad:

Por otra parte, ella sabía bien que aún en la actualidad, aunque estuvieran en el siglo de las Luces y hombres de ingenio frecuentaran con provecho los salones abiertos de las damas, la *Enciclopedia* las trataba según la tradición, como seres débiles, excesivamente emotivas, más adecuadas para ser madres que filósofas. (pág. 93)

El relato concluye con la esperanza de madame Florel de que, progresivamente, todo iría cambiando, al igual que las calles de París, cada vez más modernas y adaptadas a los nuevos tiempos, con la confianza de que el intercambio de ideas entre personas sensatas, que ahora ya son de ambos sexos, en buena parte gracias a los salones, acabaría consiguiendo grandes logros:

“¡En compensación, todo se mueve y todo cambia!”, exclamó madame Florel. “No hay barrio donde no afloren nuevos cafés y nuevos lugares de encuentro. Y esto es bueno, porque cuando la gente se reúne circulan las ideas...”

“¡Fúlgido ejemplo de ello es vuestro *salón*, querida amiga!”, la aduló Louis de Vannes, quien, aun habiendo salido derrotado en el desafío, había reaccionado como un perfecto caballero, poniendo al mal tiempo buena cara. (pág. 97)

Así terminan las apenas cincuenta páginas de un concentrado e intenso relato, cargado de simbolismo ya desde su propio título, *Las violetas de invierno*, especie que logra sobrevivir a las bajas temperaturas, cuyas bellas y resistentes flores, de los más variados tonos, no temen a la adversidad del clima, ofreciendo una nota variopinta a los inviernos más fríos. Como todas las mujeres que durante siglos han resistido a la adversidad de su entorno misógino, desafiando los malos tiempos con su tesón, su valor y sus muchas capacidades, y haciendo posible el progreso femenino, o, como nos dirá nuestra salonera, “haciendo posibles las cosas imposibles”:

“¿Las violetas de invierno? ¡No dejáis de sorprenderme, *madame*!”, dijo Louis de Vannes, acompañando sus palabras con una ligera reverencia.

“Un pequeño gran desafío disputado en mi jardín, según aquel juego, tan apreciado por los que somos

más exigentes, que nos ve comprometidos en la tarea sin igual de hacer posibles las cosas imposibles...” (pág. 71)

Como en todas las obras de Adriana Assini, a lo largo del texto, las palabras y los colores, llenos de connotaciones, formarán una sólida combinación, que llega directamente al lector, haciéndolo reflexionar sobre el profundo significado que estos encierran⁹. Asimismo, siendo el lenguaje fiel reflejo de quienes lo utilizan, los diálogos de los protagonistas del relato también reflejarán la sociedad de su época: la sociedad ilustrada que se encamina hacia la modernidad y la igualdad entre los hombres. Por ello, se expresarán con un lenguaje claro y sencillo, sin demasiados artificios, en el que no faltarán numerosas metáforas, proverbios y giros coloquiales, frecuentes en el lenguaje coloquial, reflejo de los avances de una nueva sociedad más democrática cuyo idioma se aproxima cada vez más al pueblo. Un lenguaje, sin embargo, aún misógino en muchos aspectos, como la sociedad que lo utiliza, y que tampoco pudieron escoger las mujeres, por cuyo progreso estas también apuestan, confiando en que un día refleje una sociedad paritaria y con el que todos se sientan identificados:

“¡Conocemos vuestra predilección por las citas, los ejemplos, los proverbios, querido señor Dérain!¹⁰ Pero

9 Sobre la escritura de Adriana Assini, véase: González de Sande, Mercedes, *Pintura y literatura: el universo poético de Adriana Assini*, “Archivum”, n° LXIV, 2014, pp. 163-186.

10 Resulta evidente la indirecta de la anfitriona con respecto a la ignorancia de su interlocutor, pues es bien sabido que el excesivo uso de paremias, muy frecuentes en el lenguaje coloquial, es propio de las personas con poca cultura que, al carecer de argumentos propios por su desconocimiento sobre determinadas cuestiones, al discutir sobre estas, necesitan apoyarse en frases hechas o en ideas de otros para emitir sus propios juicios; como ocurría con los varones que participaban en el debate, totalmente desconocedores de la Historia de las mujeres.

sabed que las damas presentes en este *salon* estarán encantadas de sacar a relucir la misoginia que, por desgracia, atraviesa también nuestra lengua, nunca neutra y nunca inocente...”, rebatió la anfitriona. “Las palabras, como los nombres, son tan importantes que llegan a traducir la misma íntima esencia de las cosas.”

“La paradoja es que desde el comienzo de los tiempos fueron las mujeres quienes transmitieron la vida, pero sin haber tenido nunca la facultad de darle el nombre”, observó la *Roja*. “Empecemos a cambiar el lenguaje si queremos cambiar las mentalidades; probemos a combatir la inercia que se alimenta con la fuerza de la costumbre...” (pág. 83)

Margot y sus compañeras de debate, con sus sólidas argumentaciones, habían ganado el desafío lanzado por los varones, gracias a su gran cultura y a sus muchos conocimientos, adquiridos, sin duda, por haber tenido la fortuna de poderle dedicar más tiempo a su educación que al cuidado de sí mismas o al de su hogar, a diferencia de otras muchas mujeres indefensas e incapaces de desenvolverse en la sociedad a consecuencia de su involuntaria y forzada ignorancia; algo que nunca le ocurriría a la privilegiada condesa Florel, cuya cultura, su mejor y más preciada arma, la hacía fuerte y capaz de defenderse ante cualquier adversidad, como ella misma reconocía:

Para hacerse perdonar por su desahogo, deleitó enseguida a sus huéspedes con un carísimo aguardiente recién llegado de Cognac, acompañándolo con trufas de chocolate, preparadas con sus propias manos. “Que esto no os engañe: este es mi único deleite en la cocina...” Un modo para subrayar que, ¡gracias a Dios!, había tenido la suerte de no tener que ocuparse nunca de los tedios domésticos, y menos aún de tener que usar una cazuela o una sartén. Así como nunca se había acercado a

la aguja o a la canilla. “No sabría hacer un potaje digno de este nombre, ni lograría cocer un pollo sin quemarlo...”, añadió con una pizca de coquetería. “Si hubiese perdido el tiempo entre los fogones, no habría tenido el suficiente para leer los versos de Horacio, ni dispondría hoy de bastantes argumentos para atacar las ideas de alguien como Rousseau sin arriesgarme a mostrarme impropio o presuntuoso...” (págs. 42-43)

La conversación quedó aplazada para un siguiente encuentro. Continuaría, pues, al igual que continuaría la lucha de las mujeres por ver reconocidos sus derechos. Aún quedaba mucho por hacer, pero las participantes en aquel debate sabían que habían conseguido, aunque fuera mínimamente, despertar las conciencias de sus escépticos compañeros. Otro pequeño logro de los muchos que durante siglos las mujeres han ido consiguiendo con su tesón y la fuerza que les daba el saber que la razón estaba de su parte.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Betri, Maria Luisa y Brambilla, E. (eds.), *Salotti e ruolo femminile in Italia. Tra fine del Seicento e i primi del Novecento*, Marsilio, Venecia, 2004.
- Chabaud, Louis, *Les précurseurs du féminisme, Mesdames de Maintenon, de Genlis, et Campan, leur rôle dans l'éducation chrétienne de la femme*, Plon-Nourrit et cie., Paris, 1901.
- Craveri, Benedetta, *La civiltà della conversazione*, Adelphi, Milán, 2001.
- Craveri, Benedetta, *Amanti e regine: Il potere delle donne*, Adelphi, Milán, 2005.

- Diez Canseco, Vicente, *Diccionario biográfico universal de mujeres célebres*, Tomo III, Madrid, 1845.
- Fumaroli M., *Il salotto, l'accademia, la lingua: tre istituzioni letterarie*, (traducción de Margherita Bott), Adelphi, Milán, 2001.
- García Martínez, Francisco, "Salonnières: Mujeres que crearon sociedad en los salones ilustrados y románticos de los siglos XVIII y XIX", en M. Cabrera Espinosa (Ed.), *VII Congreso virtual sobre la Historia de las mujeres*, 2015, pp. 213-234.
- González de Sande, Mercedes, *Pintura y literatura: el universo poético de Adriana Assini*, "Archivum", nº LXIV, 2014, pp. 163-186.
- González de Sande, Mercedes, *El florecimiento cultural de las mujeres en el siglo XVIII italiano*, "RSEI. Revista de la Sociedad Española de Italianistas", 2018.
- Marín Martí, Amalia, *El salón como universo social en la Francia del siglo XVII*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba, 2002.
- Verna, A. M., *Donne del Grand Siècle*, Franco Angeli, Milán, 1994.
- Von der Heyden-Rynsch, V., *Los salones europeos: las cimas de una cultura femenina desaparecida*, (traducción de José Luis Gil), Península, Madrid, 1998.

LAS VIOLETAS DE INVIERNO

Adriana Assini

Nieve y viento. Cielo blanco de día, sin estrellas de noche. En aquel gélido invierno parisino, el *salon* de Madame Margot Florel estaba menos abarrotado que de costumbre, pero las conversaciones eran siempre arrolladoras. Como cada miércoles, inmediatamente después de la cena, un círculo estrecho de hombres y mujeres informados sobre las cosas del mundo, de origen más o menos noble y vestidos a la moda, desafiaron las intemperies empapándose hasta los tobillos, con tal de no faltar a la esperada cita de las ocho, en una de las *maisons* más acogedoras de la capital.

Ni guapa, ni tampoco demasiado joven, pero culta y siempre adelantada a los tiempos, la anfitriona de la casa había esperado a quedarse viuda para abrir su salón literario. Igual que otras muchas damas de la aristocracia, intentaba seguir los pasos de la legendaria marquesa de Rambouillet, que, bajo el reinado de Luis XIV, había huido del fastuoso espectáculo de la realeza, puesta en escena cotidianamente en la corte, donde los escándalos eran la norma y la verdad una excepción. Abierto a un público de gustos refinados, el salón de Madame había creado escuela durante cuarenta años, dejando multitud de epígonos y prosélitos entre las nobles damas de su época y en la posterior.

También Margot Florel, que había adquirido el título de condesa, un poco flautista, un poco botánica, y poeta aficionada, había acabado por seguir su ejemplo, marcando las distancias tanto del culto de las apariencias y de las aburridísimas ceremonias de Versalles, como de la inextirpable mala

hierba de la misoginia, que seguía propagándose entre sus cortesanos. Y, como la Rambouillet, que había reunido una *bonne compagnie* en la acogedora *maison* de rue Saint-Thomas-du-Louvre, también ella, en vez de encerrarse en una torre de marfil, había decidido rodearse de buena gente. Los encuentros tenían lugar semanalmente, siempre bajo el signo de la cultura, de la elegancia, y de las buenas maneras.

En el afán de recrear la atmósfera encantada del *hôtel* Rambouillet, al que se accedía recorriendo una sugestiva avenida de sicomoros, Margot Florel había hecho plantar tilos y otros árboles delante de su mansión, con el propósito de trazar un confín entre su pequeño mundo y todo lo demás. En aquella exuberante arboleda, que la llenaba de placer y orgullo, crecía alta y fuerte una magnífica robinia: “Cuido de ella personalmente cada día, aunque ya no lo necesite. En verdad, me gusta pensar que consigue desafiar los siglos llevando entre sus ramas el impalpable recuerdo de mí misma y de lo que he sido... Por otra parte, tengo muy buenas razones para esperar que me sobreviva por mucho tiempo, dada la salud de la que gozan estas plantas...” Hacía alusión a la robinia, que, desde hacía ciento cincuenta años, reinaba en una de las plazas de la ciudad, donde la había plantado, precisamente, Robin, el botánico que la había traído de las Américas, dándole después su propio nombre.

Pero no solo los grandes árboles embellecían el jardín de la Condesa. De hecho, en una pequeña sierra cultivada, florecían flores de fragante perfume: rosas, violetas, lirios y peonías. Sin embargo, su predilección se inclinaba por los tulipanes, los de las tonalidades más raras. Desde hacía tiempo, perseguía el sueño que, en el siglo XVII, se había difundido entre la gente rica de los Países Bajos: obtener un ejemplar negro y brillante como el ónix, para que la forma simple e impecable del cáliz se vistiese de sombra, otorgándole aquel toque de inquietud y misterio del que se envolvía su propia persona. Fascinada por la historia de aquellos bul-

bos provenientes de lejanas tierras, tras cada floración, daba una fiesta en el jardín, a la manera de los sultanes otomanos, que los exhibían como signo de poder, junto a una rica variedad de aves exóticas.

En su *salon* las reuniones duraban hasta la medianoche, entre declamaciones de poesías y disertaciones sobre los más variados temas, tratados con mano suave cuando eran importantes, pero afrontados con actitud severa si eran frívolos e intrigantes. Después, llegaba el espacio dedicado a los comentarios, más o menos encendidos, de las noticias que daban las gacetas. Pero no solamente. Entre los asistentes más asiduos del salón, destacaban viajeros incansables, aspecto este que hacía excitantes las sesiones cada vez que alguno de ellos volvía de una aventura en algún país exótico, o, simplemente, de una excursión por la costa atlántica o a los campos normandos.

Normalmente, Louise, la sirvienta, merodeaba discretamente entre los huéspedes, con bandejas ya tintineantes de vasitos con jarabes y licores, ya repletas de pequeñas pastas, bombones, galletas de anís.

Acostumbrada a la esplendidez, la *salonnière* no escatimaba en nada con tal de mimar a sus huéspedes: desde la *petite pâtisserie* hasta las bebidas, a la vajilla de cristal, lo que dominaba era la originalidad y el refinamiento.

De un cinismo singular y nunca desagradable, madame Florel, quien, después de tres hijos y mil desilusiones, había hecho voto de castidad, recomendaba a sus amigas que se casaran por dinero y no por amor. “El dinero permanece, incluso cuando el sentimiento está muerto y enterrado...”, repetía con la desaprensión por la que era conocida.

Ahora ya, desde hace casi un lustro, recibía a sus huéspedes una vez a la semana, también en Navidad o en pleno verano. Artistas, poetisas, librepensadores y literatas eran recibidos en la gran *chambre jaune*, una habitación amplia con la chimenea siempre encendida, cómodos sillones y pa-

redes tapizadas con telas preciadas del color del oro y del azafrán.

“El amarillo emana luz e ilumina la mente, mejorando los pensamientos...”, explicaba a quien le preguntaba el porqué de aquella tinta chillona de fortunas alternas, que la Historia había elegido ya como símbolo de realeza y de pomposidad, ya como marca de infamia, para judíos y otros parias.

Una extravagancia que no pasaba desapercibida, alimentando aún más los rumores sobre Madame, la nueva Aspasia, ya en el punto de mira de los biempensantes por haber abierto de par en par las puertas de su *salon*, sobre todo a las mujeres, haciendo de este un templo de ninfas y de musas.

Aquel miércoles de finales de diciembre, los huéspedes llegaron casi todos con retraso: a causa del mal tiempo, las farolas públicas yacían apagadas y la confusión ya hacía prever un río de polémicas. Aquellas dos docenas que habitualmente iluminaban Saint-Eustache, donde vivía la condesa, las debería haber encendido un *commis* encargado por los habitantes del barrio; pero a este le bastaba un simple aguacero para no cumplir con su deber.

Durante algunos minutos, los allí presentes discutieron, precisamente, de esto, dando la razón a la Condesa, decidida a presentar una demanda contra aquel holgazán.

“Pero ahora ¡dejemos de angustiarnos con semejantes asuntos!”, exclamó la dueña de la casa, zanjando así las quejas. Para hacerse perdonar por su desahogo, deleitó enseguida a sus huéspedes con un carísimo aguardiente recién llegado de Cognac, acompañándolo con trufas de chocolate, preparadas con sus propias manos. “Que esto no os engañe: este es mi único deleite en la cocina...” Un modo para subrayar que, ¡gracias a Dios!, había tenido la suerte de no tener que ocuparse nunca de los tedios domésticos, y menos aún de tener que usar una cazuela o una sartén. Así como nunca se había acercado a la aguja o a la canilla. “No sabría hacer un potaje digno de este nombre, ni lograría cocer un

pollo sin quemarlo...”, añadió con una pizca de coquetería. “Si hubiese perdido el tiempo entre los fogones, no habría tenido el suficiente para leer los versos de Horacio, ni dispondría hoy de bastantes argumentos para atacar las ideas de alguien como Rousseau sin arriesgarme a mostrarme impreciente o presuntuosa...”

“¿Bromeáis con el fuego, *madame*?”, le preguntó riendo socarronamente Paul Dérain, un jovencito de futuro prome-tedor, dividido entre la llama de la poesía y la carrera forense. “Atacad al filósofo ginebrino si queréis; pero os lo advierto: ¡ya antes de que lleguéis a terminar vuestras críticas sus numerosísimos secuaces os colmarán de dardos!”

La dama sonrió: le estaba agradecida a Rousseau por haber exaltado tanto la naturaleza y sus colores, hasta el punto de lograr influir en las elecciones de la gente, incluso en el vestuario, que ahora se había atenuado en los tonos para ambos sexos, trayendo un soplo de azules cielo, verdes tenues, blancos resplandecientes. Sin embargo, al gran filósofo no le perdonaba ciertos comentarios en contra de las mujeres, como aquellas ocasiones en las que había arremetido contra los hombres *vilmente obsequiosos ante la voluntad del sexo al que deberían proteger y no servir*. No contento, había señalado a aquellas parisinas que, al igual que Margot, tenían el descaro de reunir en sus casas a un serrallo de varones, según decía, cada vez más semejantes a las hembras, porque estaban domesticados por las sensiblerías de aquel tipo de encuentros.

“¡Que parlotee lo que quiera ese buen hombre! ¡Si se diera la más mínima cuenta de su atraso...! ¡Que se retire al campo entre los pájaros y los arroyos...!” continuó la anfitriona, encogiéndose ligeramente de hombros. Según su parecer, por lo que concernía a la relación entre sexos, el buen Jean-Jacques estaba anquilosado en posiciones de hace siglos. “¡Desde luego, no logra ir con los tiempos!” Para eso, prefería mil veces a uno como Montaigne, muerto

y enterrado desde hacía más de medio siglo, pero, sin duda alguna, más moderno: en su despreocupada búsqueda de una vía lúdica de la existencia, deseaba el entendimiento y la igualdad entre sexos: “Enseñemos a las mujeres a hacerse valer, a estimarse, a deleitarnos y a engañarnos...”

Lanzó una mirada cargada de malicia a su interlocutor: el miércoles anterior, en el culmen de una animada discusión, también el jovencito había cometido el imperdonable error de criticar a aquellas hijas de Eva que, empujadas por un insensato deseo de revancha, dejaban de lado los deberes domésticos para ponerse a vivir como hombres.

“No quisiera volver a encender la polémica, y, sin embargo, monsieur Dérain, no puedo hacer por menos que rebatiros lo extraño que me resulta que alguien con vuestro talento siga anclado en los prejuicios de los que se hacían portavoces ciertas cariátides como Scarron...”, lo provocó Madame con una sonrisa fingidamente indulgente.

Sacó a relucir al marido de la Maintenon y lo que había escrito, en sus tiempos, para inducir a las mujeres a doblegarse a los gustos de sus consortes. “Las quería como un espejo que reflejase fielmente su semblante. Sin pensamientos, ni deseos propios”, precisó con una ironía mal encubierta. “Lo más divertido es que mientras monsieur Scarron ponía por escrito tantas estupideces, sin duda, no imaginaba que, a su muerte, en vez de guardarle luto, su virtuosa Françoise correría a meterse bajo otras sábanas, para después acabar en la cama más ansiada del reino, la del Rey Sol...”

“¡Ay, esa mosquita muerta! Tanto dijo y tanto hizo que, al final, logró conquistarse su buen sitio en el Paraíso!”, sentenció Charlotte, aludiendo a sus nupcias secretas con el soberano. Ella, discreta retratista de Marais, tenía el sobrenombre de la *Roja*, por su cascada de cabellos cobrizos, tiempo atrás emblema de pasión y de pecado, sensualidad y perdición. Para apagar ese tono tan vivo, los cubría de polvos de tocador, un amasijo de harina de maíz, almidón y

polvo de lirios. Aquella noche llevaba puesta una *andrienne* color ceniza, con mangas rodeadas de encajes y una cola que ocupaba mucho espacio. “En vez de hacer que la condición femenina diera un paso adelante, predicó la sumisión de las mujeres a sus maridos, ¡negándoles incluso la responsabilidad de abrir o cerrar una ventana!”

“¡Venga! ¡No seáis tan severas con esa pobrecita, *mesdames!*”, intervino Gilles, profesor de literatura clásica en la Sorbona. Ojos pequeños, sonrisa esquiva, vestía a menudo de oscuro, ganándose las indirectas de quien pensaba, como San Bernardo di Chiaravalle, que ese era el color preferido del diablo. Pero él, de madre española, se fijaba aún en Madrid cuando se trataba de moda. “Quizá se equivocaba nuestra demasiado pía Maintenon; pero, ¿por qué no reconocerle su buena fe? Tal vez estaba verdaderamente convencida de la exactitud de lo que predicaba... De todas formas, cabe admitir que no carecía de ingenio: después de haber recibido durante años insultos, burlas y chismes sin inmutarse nunca, en la víspera de su defunción, se quitó una espinita que tenía clavada, dictando su epitafio...” Recitó de memoria: *La verdad existe solo en Dios, y el resto no es más que cuestión de puntos de vista.*

Otra ronda de coñac, mientras la discusión entre los grupos opuestos se hacía cada vez más candente: los que sostenían el derecho a la instrucción y al libre albedrío de las mujeres y los que, aun concediéndoles el beneficio del estudio, las preferían, sin embargo, obedientes y castas, como lo habían sido ciertas heroínas clásicas, desde Penélope a Lucrecia.

Aguas revueltas, piques y respuestas, ocurrencias y despropósitos. Cuando los tonos se hicieron demasiado altos y las voces agitadas comenzaron a sobreponerse, impidiendo entender qué decían unos y otros, entonces, madame Florel retomó las riendas de la discusión, dirigiéndose solo a los varones: “Si insistís en ciertas convicciones, señores míos,

habré de deducir que vuestra presencia en mi casa se debe más a la delicia de mis peladillas que al placer de las conversaciones entre personas cultas...”

Había permanecido sentada, pero con el busto erguido como una columna. Ceñida en un vestido de raso azul cielo, que le devolvía un poco de aquella belleza que la naturaleza le había negado, obtuvo la inmediata atención de sus interlocutores, demostrando saber hacer buen uso de su cuerpo para ocultar lo que su lengua prefería callar.

Quien primero se disculpó fue Gilles, en nombre también de sus compañeros: “Perdonad nuestra arrogancia. Somos como ciegos en un mundo de luces... las novedades, *hélas!*, nos excitan solo cuando nos conciernen a nosotros los hombres...”

“En verdad, estáis en prestigiosa compañía”, replicó la anfitriona, marcada por una charla con Voltaire, a quien había encontrado por casualidad cerca del Café Gradot, una guarida de científicos. Desde que el prestigioso enciclopedista había caído en desgracia en la corte por haber criticado a la monarquía, las *salonnières* más en auge de París competían para invitarlo a sus veladas. “Sabe sobre cualquier cosa y materia. Pero su mejor virtud es el haber compartido durante años estudios y alcoba con una de las mujeres más inteligentes y cultas de reino. Haciéndole justicia, semejante elección no elimina sus errores, habiendo sido el primero de todos en no haber aprovechado su fama para sensibilizar a la opinión pública sobre el vergonzoso retraso que aún se constata en la instrucción femenina. Por otra parte, ni siquiera se ha dignado nunca a escribir una sola línea al respecto...”

“Temo que, a pesar de sus méritos, no haya estado a la altura de *Émilie*”, observó Marie-Ange, que venía de provincia, pero hablaba tres lenguas, tocaba el piano y componía canciones. “Ella, si hubiera sido un hombre, ahora reposaría en el Pantheon, junto a otros grandes...”

El nombre de Émilie de Breteuil du Châtelet resonó en la *chambre jaune* con la fuerza y la sugestión de un eco. Imposible rebatir la solidez de sus publicaciones científicas o de sus profundos comentarios sobre Leibnitz. Nadie en aquel simposio habría sido tan necio de poner en entredicho sus extraordinarias dotes intelectuales, ni habría intentado ensombrecerlas con algún despropósito sobre su fama de libertina.

Desposada con un mariscal de Francia, siempre lejos y siempre en guerras, la insigne filósofa y matemática había vivido intensamente entre libros y amantes. Su marido, que se entretenía con las campesinas, aceptaba de buen grado que lo traicionara, limitándose a reprobarle que eligiera mal a sus pretendientes, pero sin perder nunca la estima por ella.

Historias, largas o breves, Émilie había coleccionado muchas, pero la que tuvo con Voltaire había sido la más sólida. Unidos por las mismas pasiones, los dos se habían hecho inseparables durante más de una década. Y su unión nunca se había interrumpido, ni siquiera cuando se dejaron y ella se enamoró de otro. Después, Émilie murió de parto, con poco más de cuarenta años, dejando un vacío enorme en la vida de François-Marie y de los otros hombres que la habían amado.

Esta vez, sorprendentemente, madame Florel arrojó una lanza a favor del filósofo, que el día del funeral de la científica se había deshecho en lágrimas sobre su tumba: “Parecía destrozado por su pérdida, casi como si se tratara de carne de su carne... Y no dudo que fuera sincero cuando decía que había perdido la parte más importante de sí mismo...”

A pesar de sentir admiración por la fuerza de un sentimiento que parecía resistir al paso del tiempo, no lograba, sin embargo, pasar por alto un aspecto de la cuestión: “No pocas veces, cuando ella aún vivía, nuestro François-Marie confesaba que la habría preferido algo menos aguda, con

una mente menos penetrante... ¿Habríais podido imaginar semejante bajeza por parte de uno de su calibre? Y sin embargo...”

“El fango, *hélas!*, no atrae solo a los canallas y a los pervertidos. A veces también los más ilustrados ceden a la tentación de escarbar dentro de este...”, comentó Charlotte sin pelos en la lengua. “Casi como si, de vez en cuando, el esfuerzo de elevar tan alto su espíritu, de repente, los empujara hacia atrás, hacia la brutalidad primitiva de los orígenes, a las zonas más ínfimas de la naturaleza humana...”

A ella, a Émilie, la había conocido en un baile de la corte y estaba dispuesta a jurar que era mil veces superior a su compañero. Por cultura y por temperamento. Personalidad de mil facetas, podía cocer un huevo pasado por agua de once modos diferentes y, al mismo tiempo, disertar sobre Descartes. Tanto escribía que tenía siempre las manos manchadas de tinta; bebía vino para desayunar y dormía poquísimo, mientras pasaba las horas estudiando y traduciendo del griego. “Ostentaba el descaro de los genios...”, añadió con una mezcla de añoranza y de devoción. Por otra parte, si la du Châtelet no hubiera sido una mujer fuera de lo común, ¿cómo habría podido vestirse de hombre con tal de superar las prohibiciones y sobrepasar la entrada de los Cafés donde se reunían los científicos con los que pretendía medirse? “En su castillo conserva más de diez mil libros”, continuó la *Roja*, con la certeza de impresionar al público. Y lo bueno era que en aquel castillo perdido en la Champaña, la conocida matemática hacía de todo, repitiendo con éxito los experimentos científicos de Newton y añadiendo otros nuevos.

Como un río desbordado, Charlotte concluyó exhortando a los presentes a que leyeran el apasionante *Discurso sobre la Felicidad*, entregado a la imprenta poco después de la muerte de du Châtelet. “Son páginas valiosas para quien quiere vivir en armonía consigo mismo y con el Universo entero, y cierran la boca de cuantos aún sostienen que el ce-

rebrote de las mujeres se asemeja más al de los animales que al de los hombres...”

“*A le bonheur!* Estoy de acuerdo con quien dice que es una inclinación natural, invencible, inalienable. En definitiva, ¡nuestro principal deber!”, exclamó madame Florel, radiante. Después, corrió a la biblioteca y volvió con una copia del breve tratado. Lo abrió al azar y leyó en voz alta un fragmento de este: “*El amor por el estudio, entre todas las pasiones, es un recurso seguro contra la infelicidad y una fuente inagotable de placer...*”

Marie-Ange interrogó a los presentes: “Ante semejante agraciado ingenio, ¿qué tienen que objetar nuestros caballeros? En el caso de que tuvieran algo que hacerse perdonar, esta podría ser la ocasión para enmendarlo... A no ser que queráis obstinaros en sostener la inferioridad de las mujeres, pero mintiendo y sabiendo que mentís...”

La *salonnière* la apoyó: “Que, finalmente, todos entiendan lo que hay que entender: que hasta que ciertas ideas no provoquen cierto malestar en quien las pronuncia y escándalo en quien las escucha, nunca habrá justicia en este mundo.”

“¡Encuentro increíble que aún se nos pida que nos quedemos en la sombra, mientras el mundo galopa hacia adelante!”, explotó Charlotte. Lamentaba que la planta de la misoginia no diera visos de secarse, no obstante hubieran pasado siglos desde que las mujeres fueran, incluso, excluidas de los censos de la población, hasta que por razones fiscales, al emperador Diocleciano se le ocurrió que las contaran también a ellas. “Existía ya en el año III de la era cristiana e imagino que alguna antepasada nuestra se debió ilusionar, pensando que las cosas estaban cambiando también para las maltratadas hijas de Eva...”, concluyó con extrema ironía.

Intervino la *salonnière*: “Ah, bueno, si es por eso, no olvidemos tampoco que todavía a finales del siglo XVI ciertos pensadores, torpemente considerados ilustres, se obstinaban

en volver a plantear viejos interrogantes, preguntándose si la mujer poseía un alma, o si, por el contrario, ¡era semejante a los animales!

Su alusión hacía referencia a de Villeneuve, un médico francés que había tenido la desfachatez de escribir sus dudas en un tratadillo que dio a las imprentas. Sin que nadie se tomara la molestia de ridiculizarlo y de prohibir esas publicaciones.

“¡Venga!, ¡calmad los ánimos, *mesdames*! Sería equivocado meter todo en el mismo saco, tratándonos como bárbaros...”, intervino Gustave, intentando calmar las aguas. “Ninguno entre los presentes se atrevería a faltarnos al respeto hablando de insuficiencia del sexo noble, precisamente, en esta casa, que rebosa de bellas damas de mente fina...”

“¡Ah, *monsieur*! ¡Vuestra adulación llega con semejante y tanta gracia que sería imposible no perdonárosela!”, se burló con garbo la anfitriona de la casa. “Por otra parte, a veces me pregunto si la exquisita galantería de los caballeros que frecuentan esta casa no esconde, en realidad, solo el temor de convertirse en huéspedes non gratos, con la consecuencia de tener que renunciar no a mi conversación, ¡sino a mis bombones!”

En aquel momento, el bello Paul invitó a los presentes a mirar por la ventana: la nieve caía en copos, amontonándose sobre los tejados.

“*Parbleu*! Las calles han sido engullidas, las entradas de las casas están obstruidas...”, dijo Gilles, que se había levantado para ver mejor.

“¡Imagino que no hay ningún alma por ahí!”, comentó madame Florel.

“¡Eso seguro! ¡Con este tiempo de perros, solo un loco osaría a aventurarse por las calles!”

No se oía ni un ruido y todo el barrio yacía sepultado en un blanco cegador que sabía a muerte.

“Resignémonos. Esta noche no podremos descansar en

nuestras camas...”, dedujo Charlotte. Después, dirigiéndose a madame Florel, dijo: “No os quedará más remedio que soportarnos aquí hasta que cese la tormenta...”

“Mi casa es la vuestra”, respondió ella, mientras, haciendo un gesto con la mano, le ordenaba a una sirvienta que echara más leña en la chimenea.

Con frío e inquieto, Gustave se dejó escapar un suspiro: “La noche es larga para quien trasnocha...” Ya se imaginaba los inconvenientes de la forzada convivencia en aquella única habitación, acurrucados como buenamente podían en los sofás, sin ni siquiera poder quitarse los zapatos.

“Hay que ser pragmáticos, hemos de armarnos de paciencia y poner buena cara a las circunstancias”, zanjó el tema la anfitriona. “En el fondo, no hay mal que por bien no venga: esto quiere decir que, haciendo de la necesidad virtud, seguiremos con la discusión que habíamos comenzado, de modo que, cuando amanezca, poco o nada, quedará pendiente. Y quién sabe si el nuevo día nos recibirá a todos siendo más listos y más sabios...”

A pesar de que el fuego estaba encendido, hacía frío. Alguien pidió un consomé caliente y una manta, uno para consolar el estómago y el otro para calentarse las rodillas.

En menos que canta un gallo, cada huésped tuvo con qué taparse, y Justine, la joven cocinera, sacó lo mejor de la despensa para hornear canapés apetitosos y fragantes, servidos en elegantes porcelanas de Sèvres.

“Pues bien, ¿dónde nos habíamos quedado?”, preguntó la *salonnière*, impaciente por escuchar las opiniones de todos. “¿Acaso alguno de los señores presentes querría asumir la carga de retomar el hilo del discurso?”

Después de haber tragado un sorbo de aguardiente, Louis de Vannes, de espeso bigote y ojos avispados, se aclaró la garganta y tomó la palabra: “No tengo prejuicios ni soy hostil a la *querelle des femmes*. No siempre comprendo todas las razones de esta, pero las que comprendo las defiendo. No

obstante, no os lo toméis a mal si evito rodeos al dirigiros a todas una pregunta tan sincera que puede resultar embarazosa...”

“La sinceridad, si se expresa con la debida *politesse*, es bienvenida en esta casa...”, lo animó la *salonnière*, preparada, no obstante, a afilar las uñas.

“Voy inmediatamente al grano. Por mi parte, aprecio la sagacidad de ciertas mujeres y admiro a las que, además de mostrar sus destrezas con la aguja y entre fogones, saben conducir también una buena conversación. Pero no os lo toméis a mal, si os digo que de ahí a sostener que Eva es igual que Adán, hay un trecho... Por eso, para ser breves, os pregunto: ¿qué hacían las mujeres cuando Leonardo pintaba la Última Cena?” Hizo una pequeña pausa, para dar más empaque a su pregunta, después se colocó el foulard blanco jaspeado de azul y retomó el asunto: “¿Podríais explicarme por qué misteriosa razón entre el noble sexo no ha habido nunca rastro de genios? ¿Dónde están escondidas las obras maestras de vuestras antepasadas? De las de nuestros antepasados están llenas las iglesias, las plazas, las casas...”

Fervoroso, no abandonó su presa: “Si hojeamos los libros de Historia, la estirpe de Adán ha engendrado a Julio César, Carlo Magno, Guillermo el Conquistador, Federico II, *el estupor del mundo*, y a tantos más que, de nombrarlos a todos, haría falta un año entero. Y vosotras, en cambio, ¿a quién enumeráis entre vuestras filas? Si es verdad que los hechos valen más que las quejas, esta noche servirá para que nos aclaremos de una vez por todas las ideas...”

“¡Bien dicho!”, lo apoyó Michel, afamado periodista, escritor a tiempo perdido. También él llevaba peluca, como los demás. También él tenía la cabeza empolvada, para mantenerla perfumada, ilusionándose, así, con tener alejados los parásitos. “El tono de Louis es, quizá, un poco polémico, pero su planteamiento es correcto. Por tanto, por lo que a mí respecta, estoy ansioso por escuchar cómo responderán las señoras...”

Una vez lanzada la piedra en el estanque, se retiró, a la espera de ver qué derroteros tomaría la discusión.

Lejos de asustarse, Margot Florel aceptó de buena gana la competición, ofreciéndose como moderadora de aquel insólito torneo entre caballeros contra damas.

Pero, en primer lugar, dictó las reglas: “Cada una de nosotras tendrá la facultad de intervenir sin que nadie se adju-dique el derecho de interrumpirla hasta que haya terminado su intervención. Sería una pena que las cosas que se digan se desvanecieran como el humo en el viento, nubladas por otras voces...”, dijo, consciente de que, aquella noche, estaba en juego la reputación de todas. “Iremos por temas y discipli-nas, dando el justo espacio a todas, al menos mientras nos quede un poco de voz. Con vuestro permiso, comenzaré yo misma a dar una respuesta...”

De repente, no se oyó ni el vuelo de una mosca, de lo compacto que era el silencio en aquella habitación toda ama-rilla. Sin embargo, la indignación estaba por las nubes y se cortaba con un cuchillo. Señal de que la provocación del ca-ballero de campo, que escribía poemas y derrochaba canti-dad de dinero jugando a los dados, estaba dando sus frutos.

“Nos preguntáis qué hacían las mujeres cuando un en-jambre de pintores, escultores, arquitectos... embellecía el mundo con obras inmortales. O dónde estaban mientras, con sus hazañas, valerosos guerreros cambiaban el curso de la geografía y de la Historia...”, empezó Margot. “Pues bien, dado que la realidad no se cambia solo porque no es de nues-tro agrado, admitirá sin reticencias que, muy a pesar de ellas, la mayor parte de estas estaba todo el día ocupada lavando ropa y preparando comidas precisamente para aquellos ge-nios que ellas mismas habían engendrado o con los que se habían desposado.”

En ese momento, Louis de Vannes se dispuso a inflar su pecho en señal de triunfo, pero su interlocutora cortó de raíz su torpe intento de cantar victoria antes de tiempo:

“¡Esperad a sacar conclusiones a vuestro favor, *monsieur*! No he terminado, en absoluto, mi razonamiento... Pues bien, si nuestras antepasadas no hacían más que encargarse del cuidado de la casa y de sus familias ¡no era, sin duda, porque así lo hubiera querido la naturaleza! sino porque, ¡ay de nosotras!, el estudio y las demás actividades en que se cimentaban los hombres, a estas les eran negados en cualquiera de sus formas, con la complicidad de la ley y de la religión. Y todos vosotros, queridos señores, bien sabéis cuán arduo es eludir las imposiciones del poder dominante, capaz de condenar y castigar a todo aquel que desobedezca sus reglas. Desde que el mundo es mundo, trasgredir requiere los medios necesarios para sobrevivir en cuanto a uno se le aisle, y, en todo caso, es un privilegio reservado a los locos y a los héroes.” Suspiró, solidaria con todas aquellas que, durante siglos, no habían podido aprender ni siquiera a escribir su nombre. Con todas las que no habían podido elegir su esposo. “Durante demasiado tiempo no hemos sido dueñas de decidir nuestra suerte. Y aún a día de hoy la partida no está ganada, aunque, en verdad, se vislumbra un rayo de luz...” Se echó una gota de licor y siguió adelante: “Después de mis breves observaciones, ¿hay quizá alguno entre vosotros, hombres iluminados, que aún se sorprende si, no teniendo voz ni voto en nada, nuestras antepasadas fueron obligadas a renegar de sí mismas, permaneciendo en los márgenes del arte, de los estudios y de las cosas excelsas?” La pregunta era retórica, dado que no esperó respuesta y siguió con su exposición: “Por tanto, no exagero si afirmo que la ausencia de las mujeres en la Historia no es debida a la escasez de sus capacidades y de su mente, sino a una mentalidad misógina y tiránica dura de extirpar.”

Impaciente por dar su opinión, Charlotte dejó caer un comentario breve pero eficaz: “Aún más que nosotras, las mujeres del pasado tenían todo en su contra, comenzando

por la santa madre Iglesia, que todavía hoy nos intimida con un Dios con barba y que todavía hoy impide a las monjas decir misa.”

Madame Florel dio en la diana: “Por otra parte, si la clase social, las condiciones económicas, geográficas y culturales del lugar de proveniencia de un individuo no incidieran sobre sus capacidades y sobre sus decisiones, deberíais preguntaros cómo es que la aristocracia nunca ha producido grandes artistas. Y por qué los más geniales provienen de algunos países y raramente de otros... ¿Se tiene acaso noticia de un Michelangelo lituano? ¿Podríais darme un ejemplo de un Leonardo escandinavo? ¿Y cómo me explicáis que, a día de hoy, Atenas ya no sea Atenas? ¿Dónde ha ido a parar la creatividad que inspiró a Fidias o la que hizo célebre a Polidoro?”

Las campanas de la iglesia de Saint-Eustache tocaron la medianoche, seguidas, con algún minuto de retraso, por el reloj de bronce que reinaba encima de la chimenea y, después, muy de cerca, por el más pequeño, colocado en el escritorio

“Como decía Séneca en su época, ¡es más fácil que se pongan de acuerdo los filósofos que los relojes!”, comentó Gustave.

Sin embargo, era tan alta la atención por el desafío que se estaba llevando a cabo que nadie parecía darse cuenta del trascurso de la noche, ni de ser prisionero en casa de otros.

Después de la última campanada, Margot retomó el tema con renovado brío: “Lo que he dicho antes vale solo como premisa para aclarar las más fáciles ilaciones, mientras me acerco al verdadero núcleo del problema.”

“Tenemos el tiempo de nuestra parte y el amanecer aún está lejos. Por eso, seguid, si queréis, con calma, que lo que decís nunca es banal y todos nosotros os escuchamos con indescriptible placer...”, dijo Michel, con la galantería que lo caracterizaba.

“Afirmaré, entonces, que a pesar de la represión de los curas y de las injurias de los padres, ha habido hermanas afortunadas, que han tenido la fuerza de desafiar los prejuicios de sus tiempos, combatiendo obstáculos y prohibiciones, demostrando que, si se les proporcionaban los medios, no tenían nada que envidiar a la raza de Adán... Habéis de saber que no son bichos raros, como quizá sois propensos a creer: si no las conocéis, es porque sus obras y sus pensamientos no han encontrado espacio en las páginas de los libros...”, continuó madame Florel, segura de sorprender a aquel puñado de presuntuosos con maravillas sobre las que no estaban al corriente. “Monsieur de Vannes nos ha enumerado una retahíla de grandes soberanos y aún más grandes caudillos. Desde Aníbal a Ricardo Corazón de León. Pero ¿sabríais decirme de quién hablo, si pronuncio el nombre de Semíramis?”

El receptor permaneció perplejo: por alguna parte debía haber leído algo al respecto, pero, en verdad, no quedaba rastro en su memoria. Por tanto, agitó la cabeza en señal de negación.

“No lo dudaba; pero consolaos porque imagino que la laguna no es solo vuestra...”, se enfureció la *salonnière* con una sonrisita perversa. “Pues bien, dejad a un lado la desconfianza y abrid paso al estupor, pues aprenderéis ahora que Semíramis reinó durante mucho tiempo en Asiria, cinco siglos antes de que Alejandro Magno viniera al mundo... Condujo con sabiduría el imperio que en Oriente llegaba hasta el río Indo y en el sur alcanzaba el país del incienso y de la mirra. Antes de su gobierno, ningún asirio había visto el mar, porque estaba demasiado lejos. Con mente amplia y grandes capacidades militares hizo grande su país, construyendo fortalezas inexpugnables y abriendo caminos en el vientre de las montañas. Para fecundar tierras estériles, obligó a los ríos a discurrir por donde ella quería, pero no obligó a los pueblos vencidos a que rezaran por sus mismos dioses. Y

mientras tanto, señores míos, aquella reina encontró también el tiempo para el amor y otros placeres...”

“Vuestra respuesta, adorable señora, me satisface solo en parte: es más que sabido, de hecho, que una golondrina nunca hace verano...””, comentó Louis de Vannes, superando un inicial malestar.

“Dadme tiempo. Apenas estamos en el principio de la confrontación”, replicó ella con ligera desaprobación. “Junto a la reina asiria, resuenan soberanas cuya fama ha desafiado los siglos y el olvido de los historiadores. ¿Quién entre las señoras presentes se ofrece a hablar de ellas con detalle?”, preguntó a sus amigas, todas impacientes por intervenir.

Aceptando el guante del reto, la *Roja* citó a Cleopatra, atacando a los eruditos que, estando demasiado ocupados en señalar a la egipcia por sus amantes, César y Antonio, habían olvidado subrayar todo lo demás: la vastedad de su reino y de su cultura, los palacios lujosos en los que moraba y la poderosa flota de la que disponía. “Todos conocen la famosa biblioteca de Alejandría, pero pocos saben que fue terminada gracias a ella.”

Marie-Ange, labios rojos y dientes blancos, vestido color moho lleno de encajes y lazos, obtuvo el permiso para añadir algún detalle: gracias a su destacada inteligencia, la bella Cleopatra dominaba siete idiomas, además del griego. “Espíritus obtusos le recriminan su sed de poder, según el discutible principio de que lo que es sacrosanto para Adán es reprobable para Eva. Yo digo y afirmo que, por el contrario, su voluntad de gobernar su país la honra altamente. Y no hay ningún inconveniente si para defenderlo recorría ya a las rosas, ya a las armas, como solo una mujer es capaz de hacer.”

“¡Ah, las sagradas rosas de Afrodita!”, exclamó Margot, recordando que las sacerdotisas de la diosa del amor se adornaban con bellísimas guirnaldas hechas con estas.

Y la altiva soberana de Egipto había absorbido tanto la lección hasta el punto de explotarla a su favor cuando, en

Tarso, encontró a Marco Antonio por primera vez. Después de dejarlo sin aliento, tras haber llegado hasta allí navegando en una barquichuela de oro, lo embriagó con un banquete servido en una sala tapizada por miles de pétalos de rosas. “¡Sabía lo sensibles que eran los romanos, si bien fueran valientes guerreros, al encanto que emanaban las reinas de las flores!”

Le devolvió la palabra a Marie-Ange, para las conclusiones: “Vivió como una diosa y murió como una heroína trágica”, dijo esta, “pero sus glorias se las llevó el viento y el sumo Dante la mandó al Infierno, entre los lujuriosos, junto a Dido y a Semíramis...”

De la cocina, llegó un olor dulce y fuerte. Algún instante después, Justine apareció por la puerta y esperó un gesto de su ama antes de servir los buenos *pains à la duchesse*, pequeña pastelería espolvoreada de almendras.

“Tampoco dos golondrinas hacen verano...”, bromeó Gustave, mientras estiraba la mano hacia los dulces recién horneados.

“No tengáis prisa. La Historia no la ha tenido...”, replicó cordialmente madame Florel. Después, le pasó de nuevo la palabra a Marie-Ange.

“Sería una afrenta hablar del bello Mundo Antiguo sin detenernos en Zenobia, reina de Palmira”, dijo la políglota de los cabellos más negros que las plumas de los cuervos. “Amaba cabalgar, ir a cazar y beber vino con sus oficiales. Vestía de color púrpura y oro, olía a incienso, a mirra, a nardo. Mujer de pulso fuerte, no bajó la cabeza ante la potencia de Roma y se opuso a su control, proclamándose Augusta. A su corte invitaba bellas mentes, filósofos de Atenas, estrategias militares de ingenio. Soñaba con convertirse en la Señora de Oriente y casi lo había conseguido, conquistando Bitinia y Egipto, Arabia y Judea.”

“¿Casi lo consigues, decís?”, la interrumpió Gustave. “¿Quizá alguien se interpuso en su camino?”

“En un primer momento, su carisma y su arrojo no preocuparon al Imperio, hasta tal punto que Aureliano le reconoció tanto sus títulos como sus dominios. Sin embargo, cuando a la Ciudad Eterna llegó la voz de que la soberana había osado acuñar su propia moneda, comenzando a hacerse llamar *Imperatrix Romanorum*, entonces la música cambió...”

“Y comenzó la guerra”, sugirió el profesor de la Sorbona.

“Así fue. Atacada por el ejército romano, se defendió, conquistando más de una victoria. Solo después de un largo asedio fue derrotada, aunque no antes de haberse enfrentado duramente a sus invasores.”

“No oso imaginar cómo acabó...”, murmuró Gilles, a sabiendas de la usanza de Roma de hacer desfilar a los prisioneros de alto rango por la vía del Foro, para que el pueblo constatará con sus propios ojos la supremacía del Imperio.

“Una vez derrotada, fue envuelta en cadenas de oro y expuesta como mercancía rara a la curiosidad de la gente. Y sin embargo, a una de su clase había que guardarle respeto, por lo que le concedieron el privilegio de retirarse, como mujer libre, a una decorosa villa de campo, en las cercanías de la Urbe, donde murió de vieja.”

“Después fue tragada por el olvido, nadie volvió a hablar de ella...”, interrumpió en voz baja Louis de Vannes.

“No precisamente”, lo corrigió la relatora. “Su gloria de intrépida guerrera, que desde las tierras del desierto había osado desafiar nada menos que al Imperio, siguió aún viva por mucho tiempo en la memoria de los eruditos, hasta tal punto que, diez siglos después, Boccaccio llegó a incluirla entre las cien mujeres más importantes de la Historia...”

Aprovechando una breve pausa, Michel lanzó un comentario, con su habitual aplomo: “Tiene razón quien sostiene que el buen uso de la palabra reanima el espíritu, ¡como una hermosa música o un vino fuerte! Propongo hacer un brindis para homenajear tan interesante conversación, que en el mo-

mento oportuno nos permitirá salir de esta casa siendo algo menos ignorantes.”

Enseguida los caballeros levantaron los vasos, cediendo a la vanidad de celebrar aun antes de haber superado el examen. A continuación, devolvieron la palabra a Marie-Ange: “Si pronuncio el nombre de Bizancio, ¿qué evoco en vuestras mentes?”, preguntó ella, con ímpetu.

“¡Ah, la *antigua tierra de los ciegos*! Fue llamada así por escarnio hacia sus fundadores, tan miopes que eligieron establecerse en la orilla opuesta del Bósforo, ignorando la belleza de la orilla europea...”, respondió Louis de Vannes. “Y no se puede hablar de este sin pensar enseguida en el gran imperio de Oriente, todo destellante de púrpura y oro...”

“Intrigas de palacio, eunucos y harenes, inciensos...”, añadió Gilles, subrayando que después de haber resistido a los ataques de Alejandro Magno, Bizancio había cedido a los de Roma, bajo Septimio Severo.

“A nosotras nos trae a la memoria un buen listado de refinadas princesas”, dijo la *salonnière*, recordando que cuando en el lejano año 1004 la jovencísima María, hija de Argiro, fue dada en esposa al heredero del dogo veneciano, dejó a todos con la boca abierta por sus brillantes ropajes. Pero más aún, durante el banquete nupcial, asombró a los comensales exhibiendo un tenedor de oro, utensilio que en Occidente aún no se usaba...”

Nos agrada que las bizantinas vistieran con fastuosidad y que supieran estar a la mesa mejor que las demás, pero ¿está aquí todo su mérito?”, provocó Gilles, más por añadir un poco de leña a la discusión que por convicción.

“¡Eh, querido profesor mío! Aguardad un poco más y os sorprenderéis al aprender cuántas Augustas reinaron en Bizancio. De tantas, no sabréis cuál elegir: desde Teodora a Atenaida, de Irene Ducas, a Ana Dalasena. Sin olvidar a la basilisa Zoe Porfirogeneta, o bien “nacida de la púrpu-

ra”, por tanto destinada a subir al trono... No me detendré en Eudocia o en Ana Comneno, pero recordad sus nombres, porque cuando llegue el momento de hablar de las literatas, volverán a aparecer de pleno derecho...”

Esta vez, con el rostro enrojecido, el buen Gilles protestó: ¿cómo se podía dudar de que uno como él, profesor de literatura en la Sorbona, ignorase a la Comneno, princesa iluminada dedicada a las letras? Tampoco ignoraba a Teodora: “El eco de su licenciosa vida ha llegado hasta nosotros... Se dice que era hija de un guardián de osos y que desde jovencita recorría los escenarios de los teatros recitando las partes más lascivas del guion. Era hermosa y tenía multitud de amantes. Después, besada por la fortuna, hizo que Justiniano perdiera la cabeza por ella, un óptimo partido, y cuando este se convirtió en emperador, ¡ahí fue cuando la cortesana Teodora se encontró bien acomodada!”

Paul se unió a su amigo: “Conozco yo también la historia de esta emperatriz de pasado controvertido, pero, al contrario que mi amigo Gilles, tiendo a ser con ella menos severo. ¿No es acaso un signo de inteligencia encontrar el modo de salvarse de una vida cubierta de sombras? Por tanto, aprecio su mérito si después del circo acabó en el trono...”

“Me asocio a Paul”, intervino Michel. “Si el fin es bueno, el ingenio de las señoras no solo no me asusta, sino que me agrada. Por lo demás, confieso que me gustaría saber más sobre Ana Comneno...” Su voz era amable, pero de su mirada maliciosa asomaba la sospecha de que aquellas criaturas fueran fruto de antiguas leyendas, figuras nacidas de la pluma de algún fantasioso escritorzuelo.

“De Ana se dijeron muchas cosas, pero la más bella es que si alguna vez la Grecia antigua la hubiera conocido, sin duda la habría añadido como *cuarta Gracia a las Gracias y décima Musa a las Musas...*”, prosiguió la *salonnière*. “Pero no habiendo llegado aún al turno de las literatas, os invito a volver a centrar la atención en las soberanas...”

“Si puedo expresar una preferencia”, dijo Louis de Vannes, “quisiera ver satisfecha mi curiosidad sobre Dalasena, un personaje que, para mí, está completamente envuelto en el misterio...”

Convinieron, por tanto, en hablar sobre la hábil y obstinada señora que hacia finales del año mil tramó un gran golpe de Estado y por más de un siglo aseguró su imperio a la prestigiosa dinastía de los Comnenos.

“Viuda con ocho hijos, supo tejer la tela que la llevó al trono”, explicó Marie-Ange con orgullo. “Admirada por los príncipes y por el pueblo, unió el valor a la desaprensión, el raciocinio a la inteligencia. Parece que mirase siempre algo más lejos de quien estaba a su alrededor, logrando alcanzar cualquier objetivo que se propusiera.”

Su hijo Alejo, que heredó de ella el bastón del mando, escribió que todo lo obtenido y realizado por su familia había sido posible gracias al poderoso espíritu de su madre, y que sin ella la monarquía se habría ido a pique. Afirmaciones fuertes, reconocimientos importantes en boca de un hombre.

“Y de Zoe, ¿qué nos contáis?”, preguntó Gustave, que había comenzado a tomar algún apunte.

Margot fue enseguida al grano. “Comenzaré por el final, con la premisa de que estamos hablando de una emperatriz y no de una santa.”

“Entonces, ¡imagino que oiremos de todo!”, comentó Gilles, encontrando el asunto bastante divertido.

Hija de emperador, Zoe fue dada como esposa a un alto funcionario del gobierno. Pero con su marido no existió ningún idilio, hasta el punto de que no tuvieron hijos. “Acabó con que un buen día él la arrinconó, convirtiéndola en la última de sus siervas, e impidiéndole disponer incluso de sus propias rentas...”

A Gustave se le escapó una broma: “¡Ya tiemblo al imaginar lo que le ocurrió a ese traidor!”

“Y hacéis bien en temblar, *monsieur*, porque Zoe no se pensó dos veces el resolver la situación de manera drástica: de hecho, ordenó envenenar a su consorte. La tentativa fracasó, pero ella, en vez de darse por vencida, pasó el encargo a un jovencito del que, entretanto, se había enamorado...”

“¿Esta vez la tarea se llevó a cabo?”, preguntó Paul con un hilo de ironía, convencido de que las mujeres al poder eran más una desgracia que un recurso.

“Esta vez la suerte ayudó a los audaces amantes, que contrajeron matrimonio la misma noche del asesinato. Después, murió también Miguel, pero de muerte natural. Y a Zoe le tocó casarse por tercera vez...”

Louis de Vannes la interrumpió: “Una mujer enérgica, ¿no cabe duda!” ¡Cambiaba de marido con la desenvoltura con la que cambiaba de vestido!”

“¿Habráis hecho el mismo comentario si se hubiera tratado de un hombre?”, le contestó enseguida la relatora. “Carlo Magno llegó a tener hasta cinco mujeres, pero estoy segura de que ninguno de vosotros lo reprueba por ello. Es más, imagino que la cuestión os suscita algo de envidia. Como de costumbre, señores míos, se usan dos pesos y dos medidas...”

Acabada la discusión, prosiguió por donde se había quedado: “Lo que cuenta de verdad es que Zoe gobernó siempre con juicio, apoyada por su pueblo.”

Entre un matrimonio y otro, fabricaba también cosméticos y ungüentos contra las arrugas, pero, entretanto, no se olvidaba del bien común: de hecho, hizo promulgar buenas leyes para contrarrestar la compraventa de los títulos, una mala práctica ya entonces muy en boga. Contraria a los abusos, puso remedio a los cometidos por quien la había precedido. En resumidas cuentas, bajo su reinado, la administración civil mejoró y la militar se hizo más eficiente.

Miró a su alrededor complacida: los representantes del sexo fuerte habían perdido algo de aquel aire de gallos sil-

vestres que a veces los hacía insoportables. Oídos abiertos, bocas cerradas, esperaban diligentemente la prosecución del relato.

“Ahora dejemos Bizancio y dirijámonos a Occidente... ¿Quién de vosotras, *mesdames*, querría deleitarnos con Leonor de Aquitania?”

“¡Ah, no! Esta vez no nos cogeréis desprovistos”, interrumpió Gilles, quien de la refinada Leonor, durante tres lustros reina de Francia y por más de seis reina de Inglaterra, sabía mucho, por no decir todo. “¿Estoy acaso desencaminado si afirmo que fue gran mecenas de los trovadores?” ¿Y que sus cortes se incluyen entre las más fastuosas de todos los tiempos?”

“No, no os equivocáis; sin embargo fue también más que eso...”, precisó Charlotte, dispuesta a añadir datos a su relato, si advertía demasiadas lagunas.

“¿Es verdad que ella acompañó a su marido, el rey de Francia, hasta Tierra Santa, durante la primera cruzada?”, preguntó el otro con fingida ingenuidad, convencido de la exactitud de sus informaciones. “¿Y que, tan libertina como era, se llevó consigo a un trovador de excepción, un tal Jaufré Rudel?”

“Es cierto. Pero no solo por esto crecieron las desavenencias entre los cónyuges, hasta llegar a su separación”, precisó Marie-Ange. “Lo que cuenta es que Leonor no se quedó llorando por su matrimonio destrozado. De tal modo que se volvió a casar pronto, esta vez con el rey de Inglaterra, y fue coronada en la catedral de Westminster...”

“El idilio fue breve, de todas formas, porque cuando Enrique ordenó asesinar a Tomás Beckett, Leonor se quedó tan impresionada por ello que la unión conyugal comenzó a quebrarse desde su base”, añadió Margot.

“Sus amores son secundarios con respecto a todo lo demás”, intervino Charlotte, “lo que nos interesa son sus señorios, lugares de encuentro de los más selectos artistas y tro-

vadores. Gente de ingenio como Chrétien de Troyes, Wace y Ventadorn...”

Después de haberse extendido hablando de Leonor, la compositora se detuvo con otra Leonor, esta vez Leonor de Arborea, la jueza que supo defender su isla de las miras de los españoles y que metió mano, con notable pericia, a las instituciones jurídicas del reino.

“Y después de Leonor, ¿qué nos espera?”, preguntó Paul.

“La Gran Condesa”, respondió Marie-Ange.

A Matilde de Canossa la conocían todos, por lo menos de oídas. Pero nadie sabía que para defender sus feudos y los del papa, la noble dama se enfrentó incluso al emperador, aquel Enrique IV que de vez en cuando ponía a todos a raya. “Como pocos, Matilde ha marcado su época. Que hubiera sido o no amante de dos papas, lo cierto es que ahora ya, desde hace siglos, descansa en el Vaticano, ¡un privilegio bastante raro para las hijas de Eva!”

En cuanto tomó aliento, Margot le robó el escenario y la palabra: “De reina en reina, ¿acaso quisiéramos olvidar a una Médici en el trono de Francia? Catalina de Médici no fue en absoluto una cualquiera... Por desgracia, ella llegó en un período turbulento, dominado por las guerras de religión y tuvo la desgracia de tener como rival en el amor, precisamente, a Diane Poitiers, la más bella de las damas... Quien la detesta sostiene que tenía la discutible debilidad de rodearse de magos. Pero ¿qué hay de malo? También los papas acudían a los astrólogos antes de tomar una decisión importante...”

“Se dice que el mismísimo Nostradamus fue consultado por la soberana, ansiosa por saber qué derroteros tomaría su tormentosa vida conyugal”, dijo Paul. “Con el tiempo, esta manía de acudir a los videntes se le debió escapar de las manos, hasta convertirse en una verdadera y propia obsesión.”

“¡Bien dicho!”, confirmó Gilles. “Fue a causa de semejante obsesión por lo que al final la italiana se entregó completamente en las manos del tal Ruggieri, un nigromante de pacotilla que la tuvo a su merced durante años...”

“¿Acaso os escandaliza que una reina pueda confiarse a los horóscopos?”, lo interrumpió la *Roja*. “¡Venga ya! ¡La hipocresía pertenece a los jesuitas, no a los caballeros de vuestra talla! Sabéis bien que, en realidad, Catalina no hacía nada diferente de los demás soberanos de su época y de la nuestra. Y, contrariamente a lo que se murmura, no fue ella quien transformó la corte de París en un lugar de intrigas, ni se corresponde con la verdad que se confiase a los venenos para liberarse de los enemigos.”

“Creo poder afirmar también en nombre de los demás señores aquí presentes que seríamos unos necios si hiciéramos caso a los chismes, minusvalorando la grandeza de una como Catalina de Médici”, contestó el receloso Paul. “La única sombra sobre su persona que no obviaría es su directa responsabilidad en la espantosa masacre de los hugonotes...”

“Sostenida por una voluntad de hierro, se hizo cargo de la difícil misión de defender su reino de las fuerzas adversas. Y sin embargo, aunque considerara útil y necesario lo que ocurrió aquella noche de agosto de 1572, dudo que después estuviera orgullosa de ello...”

“Ahora ya, más allá de la verdad y de la mentira, la noche de san Bartolomé estará siempre vinculada al nombre de la italiana. La mía es una simple y pura constatación, sin pretender formular juicios al respecto. Si hubiéramos de valorar la obra de los soberanos basándonos en sus incorrecciones en la política, ni siquiera Carlo Magno saldría con la cabeza alta...”

Cambiaron de tema.

Camille, que hasta ahora no había abierto la boca, pidió poder ser ella la relatora de la siguiente protagonista de la Historia.

Apodada la *Gacela*, por ser más alta que la media y muy esbelta, llevaba un vestido de seda fuerte cubierto de hilos de plata y pequeñas campánulas rosas semejantes a las flores del nardo. Normalmente, hablaba poco, y no porque no tuviera nada que decir, sino porque prefería escuchar, como ciertos sabios antiguos, convencidos de que no era casualidad que los seres humanos tuvieran dos orejas y una sola boca. Cuando no traducía del griego, Camille escribía novelas, una tras otra, y siempre estaba en perenne búsqueda de un editor que no le impusiera publicar con un pseudónimo masculino. Junto a Charlotte, se apasionaba recogiendo noticias y documentos que testimoniaran la vida y las obras de poetisas, novelistas, pintoras. Tal vez un día harían con ello una antología para dar a la imprenta, pero, por el momento, se contentaban con usar las noticias para animar las discusiones de los salones literarios, como el de su amiga Margot. “De Francia a España el paso es breve”, debutó introduciendo a la figura de Isabel la Católica, que había reinado en Castilla durante seis lustros, muriendo algún año antes de que Catalina de Médici subiera al trono de Francia. Había sido ella, llamada la Santa y la Guerrera, quien, con largas miras políticas y destacada sensibilidad por los negocios, había financiado el viaje de Colón hacia las Indias. Su marido Fernando, un fanfarrón, contaba menos que un cero a la izquierda. En efecto, quien manejaba siempre el timón era Isabel: ya con mano suave, ya con puño de hierro, había mantenido unido a todo un reino. Equivocándose o con razón, había bajado al campo de batalla, ganando la guerra contra los moros. Habiendo pedido y obtenido por parte del Papa poder establecer el Tribunal de la Inquisición en España, lo presenció personalmente. También el decreto con el que expulsó a los hebreos de sus territorios lleva su firma. No sé si esto estaba bien o mal, pero el hecho demuestra que quien tomaba las decisiones más importantes era siempre ella...”

“¿Quién quiere añadir otra flor a esta noble guirnalda?”, preguntó Margot, mirando a las señoras. No habiendo voluntarias, pasó ella misma a hablar de Isabel de Tudor, reina de Irlanda y de Inglaterra. “¿Acaso afirmaríais que la ‘reina virgen’ no ha merecido igual gloria que los grandes soberanos de su tiempo?”, continuó la *salonnière*. “Si bien sea recordada, fundamentalmente, por haber hecho ajusticiar a su prima María, por ser paladina del catolicismo, o por haber sufrido la excomunión por parte del pontífice, Isabel era mucho más que eso...”

Durante su reinado, el país conoció riqueza y prosperidad, los comercios crecieron y su flota naval se convirtió en una de las más potentes de Europa. Dotada de una inteligencia sin prejuicios, cubierta de perlas y de virtudes, encerrada en el misterio de su castidad, Isabel gestionó el poder con determinación y arrojo, y no se detuvo ante nadie: desafió al Papa, y con tal de ganar las guerras, tanto contra España, como contra Irlanda, no tuvo reparos en aliarse con los piratas.”

“Francis Drake”, apuntó Louis de Vannes.

“Lo bueno fue que cuando el riesgo de la invasión española se concretizó, no dudó en cabalgar a la cabeza de sus tropas. De sí misma dijo que no obstante tuviera un cuerpo ‘débil y endeble’, tenía, sin embargo, ‘el corazón y el hígado de un rey, y, aún más, de un rey de Inglaterra’. Y, entretanto, pródiga con los literatos, vio florecer a su alrededor a los mejores dramaturgos, poetas, calígrafos.”

“Dado que estoy preparado en la materia”, dijo Michel, “permitidme que añada un episodio que confirma bien su naturaleza de hierro...”

Cuando, ya en avanzada edad, Isabel sintió que se acercaba su última hora, no se explayó demasiado, y, dando la enésima prueba de no delegar en nadie las decisiones más importantes, a los cortesanos que estaban a su alrededor les dijo con apremio: *Llamadme a un cura; he decidido morir.*

“No quisiera contradeciros, pero por lo que respecta a su castidad, tendría algo que rebatir”, insinuó Gustave, riéndose para sus adentros. “Parece que sus relaciones con Leicester, nombrado por ella Gran Escudero, eran muy íntimas... Lo digo por respeto a la verdad, y no porque el hecho quite autoridad a Lady Tudor...”

“Poco importa. El conde era su favorito, pero no hasta el punto de hacerlo su esposo”, dijo Charlotte, precisando cuanto se había de precisar: acosada por su pretendiente que aspiraba a casarse con ella, la respuesta de la reina fue tajante: “¡Por amor de Dios, *my Lord!* ¡Yo quiero que aquí haya una sola ama y ningún amo!”

“En cuanto a mujeres de fuerte temperamento, ¿acaso querremos olvidar a Cristina de Suecia?”, dijo la *Gacela*. “¿Sabéis que disparaba mejor que un hombre? Empuñaba la espada y hablaba cinco lenguas. Para nada acostumbrada a las cintas y a las sedas, llevaba los cabellos cortos sobre los hombros, como un hombre, y nunca quiso interesarse por aprender las labores *mujeriles*, tal y como ella las llamaba.”

Era verdad, Cristina gobernaba con determinación, pero también escribía comedias y libretos para representar en la Academia real. Como Isabel Tudor, no se casó nunca, manteniéndose libre de la autoridad de un marido y de los riesgos de la maternidad... Sin embargo, incapaz de aceptar los compromisos, abdicó, se convirtió al catolicismo y se trasladó a Roma, donde se hizo famosa por sus fastuosas recepciones, su amor por la música, por su excéntrica costumbre de vestir con ropa masculina, por el hermoso teatro que no había dudado en hacerse construir para su uso personal...”

La relatora se interrumpió, al oír, de nuevo, sonar las campanas. “Otra hora ha pasado en agradable compañía y en aún más agradable conversación... Suponiendo, monsieur de Vannes, que hayamos satisfecho, al menos en parte, vuestra pregunta, ahora propondría abandonar las historias

de las soberanas para adentrarnos en otros campos más inexplorados...”

“Permitidme que os haga una pequeña observación”, dijo este, dando vueltas en la poltrona cubierta de terciopelo. “Vuestra lista ha sido, sin duda, exhaustiva, si bien habéis olvidado a un personaje, cuando menos, singular: la reina Boudica, que, al igual que Zenobia, guio la revuelta de su pueblo contra Roma...”

¿En la soberana de los icenos, población de la Britania oriental, nadie había pensado? Y, sin embargo, según las descripciones de los antiguos historiadores, no era una mujer que pasara desapercibida: voz áspera, melena leonada y frondosa, vestidos llamativos, el arrojo de un tigre y el valor de un león.

“A decir verdad, no nos hemos olvidado de ella, en absoluto”, respondió Margot, dispuesta a justificar la laguna. “Junto a la intrépida guerrera celta hemos sacrificado otros cientos de personalidades dignas de mención y de gloria. ¿Pero cómo hablar de todas ellas en una sola noche de invierno? Siguiendo vuestra cortés solicitud, podremos volver sobre el argumento en una próxima ocasión, intentando satisfacer vuestras curiosidades por completo. Entonces, no podríamos, descuidar, por ejemplo, a las místicas, que son también numerosas y de relieve...”

Charlotte añadió: “Estaréis bien felices de escuchar lo que tenemos que decir sobre Margarita Porete, ‘alma aniquilada’, muerta en la hoguera, en París, una mañana de junio, tan solo porque cantaba libremente su renuncia a las virtudes, reivindicando el derecho de ‘morar solo en el deseo de amor’. O sobre Catalina, la santa de Siena, que no tenía reparos en reprender a papas y emperadores. O también sobre la carmelita Teresa de Ávila, primero apasionada de novelas de caballerías, después fundadora de conventos...”

“Como podréis constatar, habrá todavía mucha carne que echar en el asador”, aseguró madame Florel.

Después de haber estirado las piernas, Gilles pidió permiso para levantarse y se acercó a la ventana: “La nieve continúa cayendo sin parar, más densa que nunca.”

“¡Que el Cielo proteja al menos las raíces de mis pobres flores!”, exclamó Margot, temiendo que, aunque estuvieran a resguardo, no pudieran soportar tanto hielo. “¡Ay, mis pobres y delicadísimas violetas! Con todos los cuidados y las molestias que me he tomado, en verdad, esperaba que, a su debido tiempo, vieran la luz...”

“¿Las violetas de invierno? ¡No dejáis de sorprenderme, *madame!*”, dijo Louis de Vannes, acompañando sus palabras con una ligera reverencia.

“Un pequeño gran desafío disputado en mi jardín, según aquel juego, tan apreciado por los que somos más exigentes, que nos ve comprometidos en la tarea sin igual de hacer posibles las cosas imposibles...”

“Dado que el talento y la constancia no os faltan y la competición os hace exuberante, yo digo que antes o después tendréis razón sobre la naturaleza misma”, comentó Gilles, mirando con sincera admiración a la anfitriona. “Y aquel día nosotros estaremos todos aquí, admirando vuestro enésimo milagro.”

“Os lo ruego, Justine, ¡ofreced a nuestros huéspedes dos dedos de sirope de peras!”, ordenó la dueña de la casa, mientras se giraba furtivamente para echar un rápido vistazo en el tocador y controlar que el cansancio no estuviera apoderándose de su bello rostro, y que sus tirabuzones aún estuvieran marcados. “A estas horas, el coñac podría ofuscaros los pensamientos, amigos míos. Y, sin embargo, nosotras las señoras os queremos atentos y lúcidos para seguir con el máximo provecho nuestro debate. En caso contrario, no excluiría que en nuestro próximo encuentro nos soltarais la disculpa de que ya no recordáis nada de esta velada a causa de los efectos del alcohol, ¡frustrando, así, todos los esfuerzos que hemos hecho para instruiros!”

Llegados a este punto, tengo curiosidad por oír cuáles y cuántas flechas tenéis en vuestro arco por lo que se refiere al arte y a otras maravillas”, dijo Louis de Vannes, invitando a la condesa a retomar el hilo del discurso.

Antes de pasar la solicitud a las demás señoras, Margot se dejó llevar por un comentario: “Casi parece que las intemperies se han puesto de nuestra parte, para tener a nuestros caballeros clavados a los sillones, obligados a echar una ojeada, aún por un buen rato, a nuestro variado mundo.”

Los caballeros se rieron, apresurándose a declarar que aquel juego les convenía como pocos, pues los instruía con la ligereza de la espuma y de las cosas bellas.

Pasaron a disertar sobre las protagonistas femeninas en el ámbito de las artes, y los varones, graciosamente aguerridos, ya meditaban la remontada, seguros de que las compañeras de aquella jocosa excursión por la Historia no disponían de muchos ases en la manga.

Sospechando de su aire intrépido, Charlotte comenzó con una provocación: “Apuesto una cesta de ostras a que ningún representante del sexo fuerte aquí presente sabe decir con certeza quién es Sabina von Steinbach”, dijo, especificando que en cuanto a los moluscos puestos en juego, pretendería los más preciados, de carne blanca, pescados en el sur de Finisterre, donde, dos veces al día, el agua de los ríos se mezclaba con la del mar.

Siguió un embarazoso silencio; después la *Roja* continuó triunfante: “Si vuestros ojos brillan cuando contempláis el pórtico de la catedral de Estrasburgo o cuando os detenéis cautivados por las más bellas estatuas que adornan nuestra catedral, aquí en París, entonces habéis de saber que vuestra admiración y reconocimiento están dirigidos a una joven escultora, arquitecta y cantera, proveniente de tierras alemanas...”

“Parece ser que aprendió el oficio de su padre Erwin y que trabajaron juntos en la construcción de Notre-Dame.

Después, a la muerte de este, Sabina continuó ejerciendo el oficio en absoluta autonomía, formando parte ella misma, y con pleno derecho, de la Gilda, que reunía a todos los del oficio...”

“¿Cómo es que su nombre no es conocido? Si de verdad ostentaba semejante talento, ¿por qué las crónicas la han ignorado?”, preguntó Paul, más por llevar la contraria que por otra cosa.

“Creo que ya habéis tenido la respuesta a esta pregunta, pero como la paciencia es la virtud de los fuertes, os repetiré lo que he dicho al principio de nuestro afable enfrentamiento: la Historia, *mon cher ami*, la habéis escrito vosotros los hombres, ignorando a propósito las hazañas de las mujeres. Por fortuna, allá donde los Anales callan, los que hablan son otros documentos de la época: los registros de los impuestos, por ejemplo, o los libros contables de los comisionistas, conventos incluidos...”

“Tomamos nota de ello”, dijo Gilles, arrellanándose en el sofá. Inmediatamente después, con una pizca de maldad, volvió sobre el tema: “Y luego, ¿qué más? ¡Dios no quiera que se agote aquí la contribución femenina al arte!”

Enmudeció de repente, atravesado por la mirada cortante de madame Florel, que lo traspasó de lado a lado.

“¡Naturalmente, era solo una gracia para quitarle peso a la conversación!”, se corrigió al instante, intentando poner remedio a su metedura de pata. “En el fondo, el nuestro es solo un amigable enfrentamiento, ¡no un dramático duelo!”

“Si no fuera así, ¡ya estaríais muerto, *monsieur!*”, lo cortó la *salonnière*. Importunarla con observaciones tontas o inoportunas no les convenía ni a los más intrépidos, puesto que sus comentarios sobrevenían ya cortantes como golpes de machete, ya rápidos como salpicaduras de veneno.

Apuntando al blanco, Margot hizo una fugaz insinuación sobre las diferencias que contraponían a la gente de mundo

de París con los cortesanos de Versalles. Una advertencia sibilina para rebatir que bastaría una insolencia de más o una apreciación incorrecta para hacer retroceder a los incautos allí presentes a la segunda y vituperada categoría. Y ver cómo se les cerraba la puerta en la próxima cita, sin posibilidad de réplica.

Mientras tanto, Marie-Ange se había preparado la respuesta: “Para quien perseverase en la errada convicción de que a las mujeres les faltaba la pericia necesaria para manejar los pinceles, hago constar que ya en la vigilia del año mil, por tanto, en plena Edad Media, había pintoras capaces de ilustrar de maravilla los libros sagrados.”

“Espero que no se trate de figuras legendarias, sino de artistas reales de carne y hueso”, intervino Paul, no para provocar, en absoluto, sino porque sus dudas al respecto eran considerables.

La relatora no se dejó intimidar: Las fantásticas criaturas de Ende, retratadas en un Comentario del Apocalipsis, conservado en España, seguían provocando admiración en la época. Y este era un hecho indiscutible. Pero, ni mucho menos, terminaba ahí el asunto.

Por lo que había llegado a saber, la primera enciclopedia ilustrada de la historia llevaba la firma de una religiosa, Herrat von Landsberg. Y otra monja, además de insigne filósofa, tenía la costumbre de traducir en hermosas miniaturas sus visiones místicas. “Se llamaba Hildegarda von Bingen, y yo os pido que no olvidéis su nombre, porque sobre ella volveremos a hablar más adelante.”

Margot pidió el permiso de completar aquel ya nutrido grupo de artistas descuidadas por los textos con ejemplos conocidos por pocos eruditos y que nunca habían llegado al gran público: “Fue la zamorana Teresa Díez quien pintó los frescos de los muros de Santa Clara en Toro y de otros conventos de otras ciudades de España...”

Después, estaba la sevillana Luisa Ignacia Roldán, escultora barroca, viajera infatigable. Tan buena era con el cincel que ganaba “un montón de dinero” y lo derrochaba como mejor le placía, muriendo con poco más de cincuenta años en la más absoluta pobreza. “Como todo artista que se precie...”

“¿Pero no querremos olvidar a las italianas?”, dijo la *Roja*, que era la más preparada en la materia. Y comenzó a enumerar artistas que aquellos nunca habían oído mencionar, pero que, según su ciencia, no tenían nada que envidiar a sus colegas varones, a pesar de que estos, al contrario que ellas, hubieran gozado del favor de las crónicas. “¿Creeríais que en la hermosa ciudad de Florencia, entre los muros de un convento, vivió y obró la primera pintora de la que se tiene conocimiento? Se llamaba Pautilla Nelli y era una monja; tal vez, incluso, una priora. Pintaba bajo comisión para familias ricas de nombres altisonantes, y en las paredes de su monasterio dejó un gran fresco que representaba la Última Cena.”

“¡No dejaré de ir a verlo la próxima vez que baje a la ciudad del Arno!”, dijo Paul, anotándose el nombre.

La relatora añadió noticias interesantes: según Vasari, que tuvo la paciencia de escribir vida, muerte y milagros de muchísimos pintores, Plautilla “pintó tantos cuadros que me extendería demasiado si quisiera razonar sobre cada uno de ellos.”

“Hay que añadir a Catalina Vigri, que había sido criada como dama de compañía en la corte ferraresa de la Casa de Este y que después se había hecho monja. Estábamos a mediados del siglo XV y pronto Catalina se convirtió en la abadesa de un monasterio de clausura en la ciudad de Bolonia, donde montó un pequeño estudio y pasó buena parte de su tiempo pintando cuadros religiosos y realizando miniaturas de códices...”

“¡Ay, estas monjitas! ¡Se deleitaban con los pinceles en vez de rezar!”, dijo Gilles con aire de burla.

“Eh, sí, *monsieur*, también la pintura, al igual que la música, era considerada un instrumento de comunicación con Dios.”

“Continuad, os lo ruego, preciadísimas señoras, que ahora ya comemos literalmente de vuestras manos”, la animó Louis de Vannes, cada vez más intrigado. “¿Quién será la próxima?”

No se sintió desilusionado al conocer la existencia de Fede Galizia, maestra de retratos, miniaturas y, sobre todo, de naturalezas muertas. “En sus mesas repletas, reflejaba con tal perfección todos los géneros de fruta que, al verlos, te entran ganas de estirar la mano y coger del cesto una hermosa manzana blanca y roja o un racimo de uvas maduras... Si esto os sorprende, habéis de saber que tal es su fidelidad a la verdad de sus sujetos que engañan incluso a los insectos, que van a posarse en ellos en busca de néctar...”

¿Y Properzia de Rossi? Ella, boloñesa, “osó poner sus cándidas y tiernas manos entre la rugosidad del mármol y la aspereza del hierro”, casi como si quisiera -para decirlo con palabras de Vasari- “quitar a los hombres el alarde de su superioridad en asuntos que consideraban cosa de ellos”. A continuación, Sofonisba Anguissola: “Su historia respira en la sombra, a la espera de que alguna mente iluminada la descubra como se merece. Por ahora, os baste saber que el propio Miguel Ángel alabó su talento, y después también el Papa de aquel tiempo, de manera que muy pronto trabajó para las mayores cortes italianas, desde la de Mantua, al Gran Ducado de Toscana. Hasta que su fama llegó hasta España, a donde acudió llamada por el rey Felipe II y vivió en su corte con todos los honores por tres largos lustros.”

“No pensaréis deteneros aquí, ¿no?”, le instó Gilles, mientras se colocaba la manta sobre las rodillas. Ahora ya, él, al igual que los demás, se iba apasionando por aquel abanico de artistas intrépidas y emprendedoras.

“Dudo que hayáis oído hablar alguna vez de Lavinia Fontana, y sin embargo, amigos míos, la extraordinaria elaboración de sus cuadros le valió el título de ‘estupor de las gentes’. ¿Habríais imaginado que su padre, también él pintor, se aprovechara de su fama, firmando sus lienzos con el nombre de Lavinia, para venderlos a mejor precio? Por otra parte, tan buena era que incluso Clemente VII la quiso en su corte...”

Pero, llegados a ese punto, la *salonnière* quiso sacar una primera conclusión, de fundamental importancia si se quería encuadrar correctamente la cuestión. “Nos habéis preguntado cómo es que las mujeres no han dejado obras como aquel Juicio Universal que embellece la Capilla Sixtina. Pues bien, aparte de las consideraciones que hemos hecho, añadido una razón concluyente: por una cuestión de decoro, al noble sexo no le estaba permitido copiar de la realidad cuando se trataba de desnudos.”

“Es obvio que tal ejercicio es indispensable y necesario para aprender la anatomía y representar de manera correcta las figuras... Hasta un pobre burro lo entendería.” Miró de refilón a Louis de Vannes, autor de la pregunta, pero no fue más allá para no obtener una victoria demasiado fácil, visto que aquel, como un pájaro caído del nido, ya había bajado las alas.

Hicieron una pausa y, por turnos, se acercaron a la ventana.

“¡Increíble! Vuestro encantador jardín, madame Florel, ha desaparecido bajo dos bloques de nieve...”, masculló Michel, echándose para atrás. “Temo por vuestros tilos: sus ramas están tan sobrecargadas que podrían ceder de un momento a otro...”

“¡Hay que remontarse medio siglo atrás para encontrar un invierno igual de duro!, comentó Gilles. “Según mi padre, que fue testigo de ello, la ola de frío que golpeó París fue realmente excepcional, hasta el punto de doblegar la ciudad durante varias semanas.” Todo había comenzado la noche

de Epifanía: en pocas horas el termómetro había bajado de treinta grados, el Sena se había convertido en una placa de hielo, y el vino estaba congelado en los barriles. “¡No quiera Dios que el fenómeno se repita!”

“Aun así, ¡no tenemos de qué alegrarnos!”, dijo Gustave, preocupado por las consecuencias de las nevadas en los mercados. “¡Afortunado sea quien haya sido bastante previsor para preparar buenas provisiones para el invierno! Con este tiempo en las Halles de París no se verá a la gente del campo quién sabe por cuántos días... ¡Adiós a las sopas de coles, que calientan el estómago y alivian las molestias de los resfriados mejor que un coñac!”

“A falta de coles, haremos la *soupe* con cebollas!”, bromeó la anfitriona, asegurando que en su bodega había tantas como para alimentar a un batallón.

“En examinar lo que hay en nuestras despensas pensaremos mañana, si Dios quiere. Esta noche preferiría que se siguiera adelante con la discusión, y que las señoras completaran la respuesta a mi pregunta”, llamó a todos al orden monsieur de Vannes, esperando de corazón que las cosas terminaran por tomar un cauce más favorable para él. O perdería la partida después de haber lanzado el desafío con tanta arrogancia.

“¿Acaso hemos olvidado a alguna de las personalidades más dignas de mención en este campo?”, preguntó la Condesa a sus aliadas.

“De la existencia de Marietta Robusti, conocida como la Tintoretta, he sabido solo recientemente, a través de gente bien informada sobre las vidas de los artistas”, confesó la *Gacela*.

“¿No os estaréis confundiendo con el gran pintor de Venecia?”, la interrumpió Gustave, mientras se disponía a olfatear una pieza de tabaco.

“De ese era la hija”, precisó la otra, contando que no obstante Marietta fuera la flor de los ojos de la familia, cuando su fama llegó hasta España y Austria, y los soberanos

de aquellos países la reclamaron en sus cortes con encargos importantes, entonces el buen Jacopo, que también le había enseñado el oficio y la había animado a seguir sus pasos, se interpuso y le impidió que partiera. Quizá por egoísmo, quizá por demasiado afecto. El hecho es que, con tal de tenerla a su lado, la obligó a casarse y, por consiguiente, a permanecer en la laguna. No fue una buena idea, puesto que, algún año después, la pobre Marietta murió de parto...”

“Me perdonaréis si introduzco una nota discordante, pero la muerte causada por el parto me trae a la mente la prepotencia con la que los hombres de ciencia quisieron arrancar de las manos delicadas y sabias de las parteras, comadronas y *femmes savantes*, el cuidado del cuerpo de las mujeres, para confiárselo a las rudas, inexpertas e ignorantes manos de los presuntuosísimos doctores, solo por el hecho de ser varones...”

Hubo un silencio artificial, hecho, sobre todo, de embarazo. Después, la *salonnière* volvió a lanzar el desafío: “Ánimo, amigas mías, ¿quién de vosotras quiere añadir otra perla a nuestro ya preciadísimo collar?”

Esta vez fue Charlotte quien tenía reservado un personaje fuerte, de cuya existencia había sabido durante su estancia en Roma, a donde había ido para hacer prácticas en los talleres de los artistas más en boga. “Artemisia Gentileschi es recurrente con frecuencia en los discursos cuando se habla de la gran pintura del siglo pasado”, contó con entusiasmo, explicando lo que se sabía de ella: hija de un conocido pintor, ya desde jovencita había aprendido a desenvolverse entre los colores y las mezclas, la perspectiva y el claroscuro. Sin embargo, en aquel ambiente dominado por los hombres, tuvo que superar las habituales desconfianzas y sufrir también la violencia carnal de un colega. Denunció a su agresor y fue a juicio, pero su violador se las apañó con una multa y ella fue cubierta de vergüenza. A pesar de ello, gracias a su fuerte temperamento, no se dio por vencida y prosiguió su

camino, rodeándose de éxitos. “Cuando su talento le dio su justa fama, fueron tantos los interesados en tener una obra suya, que, a menudo, para contentarlos, hubo de transferirse primero a Nápoles y después a Génova. Hasta que su reputación atravesó valles y mares, llegando hasta Londres. Entonces, el rey de Inglaterra, que era un gran mecenas, insistió para tenerla en su corte, junto a artistas de la talla de Van Dyck.”

Después, en aquellas tierras, estalló la guerra civil y todo cambió: antes de que a Carlos I le cortaran la cabeza, Artemisia preparó su equipaje y emprendió el viaje para regresar a su patria, llevándose consigo un aumentado prestigio y nueva gloria.

“¿Cerramos aquí el grupo de las artistas?”, preguntó la anfitriona.

“¡No antes de haber añadido a Clara Peeters!” , exclamó Marie-Ange, que estaba a punto de olvidarla. “Por vuestras caras, *messieurs*, deduzco que nunca habéis oído hablar de ella. ¡Una pena!, porque era una pintora flamenca de notable valor. Pero, por suerte, hoy, finalmente, podemos colmar la laguna.”

¿Qué podemos decir de Clara? Hubiera sido mejor ver sus obras en vivo y admirar el fruto de sus pinceladas: copas de cristal brillante, cándidas porcelanas, galletas recién salidas del horno y bandejas de fruta fresca componen sus impecables *naturalezas muertas*, que, en realidad, de muertas no tenían nada. Detalle curioso: tenía Clara la costumbre de incluir pequeños autorretratos en los espacios de luz de sus pinturas, para, de este modo, preservar para la posteridad su rostro y sus peinados. “A juzgar por las grandes dimensiones de sus cuadros, así como por los costosos objetos representados en ellos, desde las monedas de oro hasta las joyas, debió haber trabajado para ricos coleccionistas...”

Charlotte hizo una apostilla: “Por lo que sé, sus lienzos estaban llenos de símbolos escondidos: la vela ardiendo,

evocación de la caducidad de las cosas; el ramo de romero, uno de los emblemas de la eternidad por la larga persistencia de su perfume...”

“¿De verdad no sabemos más de esta perfeccionista?”, preguntó uno de ellos.

“Vivió y trabajó precisamente en el período en que en sus tierras se extendía la fiebre por los tulipanes, llegados por mar desde Constantinopla... Lo que parece cierto es que, en un determinado momento de su afortunada carrera, Clara, quizá influida por el rigor calvinista, descuidó el espectáculo del lujo a favor de imágenes más sobrias, pero no menos sugestivas: humildes panes, quesos y jarras apoyados sobre mesas desnudas y toscas.”

“Quizás murió en Amberes, donde, tal vez, había nacido hacia finales del siglo XVI. Pero esto no podemos saberlo con certeza...”, concluyó Marie-Ange.

“Hemos contado mucho. ¿No es verdad, *mes amis*? Y, sin embargo, aquí no acaba todo. Salvo que queramos dejar fuera de la puerta a una exquisita miniaturista como Esther Inglis...”, intervino Camille, que desde hacía ya un buen rato no tomaba la palabra.

Escritora, calígrafa, bordadora excelsa, Esther había nacido en Londres, de padres franceses, quizá hugonotes. Después de su matrimonio, se trasladó a Essex, y, aunque con su marido le fuera muy bien, siguió firmando sus obras con el apellido de soltera: “Un raro ejemplo de orgullo por su propia identidad. ¿No os parece? Si lo siguiéramos todas, las cosas cambiarían más deprisa...”

“Y decidnos, por favor, ¿cómo se ha ganado su puesto en los Anales?”, preguntó Paul, mientras alargaba la mano para coger una rebanada de fragantísimo pan de especias.

De Esther abundaban los autorretratos y las admirables miniaturas con las que había ilustrado decenas y decenas de manuscritos destinados a la corte inglesa, primero bajo el reinado de Isabel I, después bajo el de Jacobo.

“Calígrafa de excepción, era capaz de escribir usando cuarenta tipos de letras, incluso minúsculas. Con aquellas manos suyas, delicadas y valiosas, a veces bordaba incluso las cubiertas de los libros, con tal pericia que, dejando estupefactos a los compradores, los llevaba a desembolsar sumas ingentes para hacerse con sus obras.”

Madame Florel volvió a lanzar el guante hablando de Levina Bening, también ella experta en miniaturas: “El grande y poderoso Enrique VIII la llamó a su corte desde su Flandes natal y le encargó diferentes trabajos, dándole por ello una renta vitalicia tan alta que superaba la retribución establecida para el retratista de corte, que, ciertamente, no era un cualquiera, puesto que ¡se trataba de Holbein!”

Terminada también la presentación de Levina, madame Florel, movió los hilos de la discusión: “Que nos perdonen todas las artistas, y no son pocas, que, por cuestiones de tiempo, no hemos mencionado aquí. Como he dicho antes, si nos lo pedís, será un placer para nosotras encontrar otra ocasión para homenajearlas como, sin duda, se merecen. Entretanto, me parece que, sin demasiada presunción, hemos demostrado a nuestros pacientes caballeros que, pese a que las mujeres hayan sido siempre hostigadas, ocultadas, reducidas al silencio, muchas de ellas lograron igualmente hacerse valer, dejándonos obras insignes de cuya contemplación aún hoy podemos gozar.”

“Quizás, ‘reducidas al silencio’ es una expresión un poco drástica y azarosa...”, objetó Paul, diluyendo con una amable sonrisa su ligero sarcasmo. “Según el proverbio, ¡es más fácil que un ruiseñor se olvide de cantar que una mujer de hablar!”

“¡Conocemos vuestra predilección por las citas, los ejemplos, los proverbios, querido señor Dérain! Pero sabed que las damas presentes en este *salon* estarán encantadas de sacar a relucir la misoginia que, por desgracia, atraviesa también nuestra lengua, nunca neutra y nunca inocente...”,

rebatíó la anfitriona. “Las palabras, como los nombres, son tan importantes que llegan a traducir la misma íntima esencia de las cosas.”

“La paradoja es que desde el comienzo de los tiempos fueron las mujeres quienes transmitieron la vida, pero sin haber tenido nunca la facultad de darle el nombre”, observó la *Roja*. “Empecemos a cambiar el lenguaje si queremos cambiar las mentalidades; probemos a combatir la inercia que se alimenta con la fuerza de la costumbre...”

“Pido la venia de antemano por la osadía, pero no puedo por menos que puntualizar que fue creado antes Adán y después Eva... ¿Os atreveríais a afirmar que fue por casualidad, sin una razón?”

“Si verdaderamente existiese un dios, no debería tener sexo, ¿no os parece? Y entonces, ¿qué hacemos con nuestro Creador, universalmente indicado en masculino? Confieso que esto me es suficiente para no tomármelo en serio...”, fue la respuesta para nada conciliadora de la *salonnière*. Se colocó su vestido color lila y desplegó una pacífica sonrisa en señal de armisticio: “Ahora concedámonos una pausa para una buena taza de caldo.”

Poco después, la incansable Justine entró en la *chambre jaune*. Bien erguida, aunque llevara en pie más de veinte horas, tenía unas ojeras que le llegaban a la mitad de las mejillas, pero no se le escapaba una mientras iba y venía de la sala a la cocina, sujetando con manos firmes la bandeja cargada de deliciosos cuencos rebosantes de un líquido hirviendo: un *buillon* de pollo al delicado aroma de azafrán. Un verdadero reconstituyente para reponer los cuerpos y los ánimos en aquella interminable noche sin estrellas.

“¡El aroma de este elixir de larga vida es conmovedor de lo directo que llega a los sentidos!, expresó sus halagos Gustave, quien, para no cometer ningún percance, quedando como un *paysan* incapaz de contener sus propios instintos, se esforzaba en tomar el caldo en pequeños sorbos distan-

ciados, en vez de tragárselo todo de una vez, como hubiera hecho empujado por el hambre que tenía.

“¡Entre todas las especias, nos inclinamos ante el príncipe azafrán!”, le dio la razón Paul. “Su color embriaga, su sabor es un raro ejemplo de equilibrio...”

Gilles no fue menos en sus alabanzas hacia el preciadísimo bulbo, citado por Homero y Virgilio: “Todos nosotros, que hemos leído la *Iliada*, sabemos que era usado para perfumar las almohadas antes de acostarse y los suelos de los templos...”

“Parece ser que Richelieu lo consumía en confitura, como excitante...”, sugirió Paul riendo socarronamente.

También Camille dio su opinión: “Sea como sea, su gusto es sublime. Y, además, ¿qué más puedo decir sin tener que repetir cuanto ya he oído? De su color, que recuerda al oro, está inundada esta magnífica habitación...”

Se refrigeraron lo necesario para mantenerse despiertos y de buen humor. Estaban listos para retomar la conversación.

“Propongo ahora que demos a conocer a mujeres que se ocuparon de las ciencias”, dijo la Condesa. “Comenzaré por Hipatia, que nació en Alejandría de Egipto en el siglo IV y estudió primero en Roma, después en Atenas. Al regresar a su patria, se hizo maestra de astronomía y de matemáticas, sin olvidar la filosofía.”

“¿Tan importante fue?”, preguntó Gustave, alisándose la barba.

“Su casa fue mucho tiempo el centro indiscutible de la intensa vida cultural de Alejandría, pero siendo ella demasiado inteligente y, para colmo, pagana, molestaba demasiado al obispo Cirilo, preocupado por que le hiciese sombra.”

“Figura interesante...”, murmuró Paul, asombrándose de no haberla encontrado nunca durante una de sus múltiples lecturas.

“Escribió libros y comentarios. Inventó modelos de astrolabio para calcular el tiempo y establecer la posición del

sol y de las estrellas. En el culmen del éxito en sus estudios fue asesinada por monjes fanáticos que la sorprendieron por la calle y le arrancaron los ojos, desollándola después hasta los huesos. El instigador del delito fue precisamente aquel Cirilo que había obtenido el báculo pastoral y que la Iglesia aún venera. ¿Por qué lo hizo? Por odio y por envidia, cuando se dio cuenta de que, a pesar de sus anatemas, la autoridad de la que gozaba Hipatia era incontrolable...”

La palabra pasó a Marie-Ange, que eligió entretener al público hablando sobre Trótula: Si no fue la más dotada, fue, seguramente, la más famosa de las *Mulieres Salernitanae*, o lo que es lo mismo, las Damas de la prestigiosa Escuela Médica de Salerno, en el sur de Italia.”

“¿De qué época hablamos?”, preguntó Gustave, aguzando los oídos.

“Poco después del año mil. Trótula pertenecía a una noble familia, los de Ruggiero, y tuvo el privilegio de estudiar el máximo grado de medicina en la que fue considerada la primera universidad de Europa, abierta también a las mujeres e independiente de la Iglesia...”

“¿De ella qué queda?”, preguntó Paul algo escéptico.

La respuesta fue exhaustiva: manuales y tratados, escritos en latín, fueron difundidos por doquier. “Entre los muchos méritos de Trótula, recuerdo que desarrolló nuevos métodos para curar las enfermedades de la piel y para disminuir los sufrimientos de las parturientas.”

“Alguien todavía se obstina en insinuar la duda de que, en realidad, sus escritos fueron obra de un hombre”, comentó madame Florel, dejando en suspenso su juicio sobre aquellas débiles mentes incapaces de aceptar la realidad de las cosas, sobre todo cuando chocaban contra sus inextirpables prejuicios.

“En cuanto a prejuicios, y hablando del tema, oíd esto”, intervino la *Roja*, explicando las limitaciones que, a causa de su sexo, hubo de sufrir la veneciana Elena Cornaro, de

una noble familia de dogos y de cardenales. “Hablaban nueve lenguas, tocaba el clavicémbalo y el violín, estudiaba astronomía y matemáticas; pero, para contentar a su padre, se preparó para licenciarse en Teología...”

“¿Y qué ocurrió? ¿El Papa se interpuso en su camino?”, probó a adivinar Paul, quien ya había oído hablar de la Cornaro.

“Fue la primera mujer licenciada en el mundo, pero en Filosofía, ya que los representantes de la Iglesia, que controlaban la universidad de Padua, no le dieron el permiso de hacerse valer en una materia que consideraban inadecuada para ser discutida por una hija de Eva.”

“¿Y todo esto cuándo ocurrió?”, preguntó Gustave, tomando nota diligentemente.

“Aconteció en 1677, y mientras ella obtenía la licenciatura en Filosofía, en aquella misma ciudad de Padua otra gran mujer, Bárbara Strozzi, pasaba a mejor vida. Pero ella se había deleitado en otra disciplina diferente, siendo una compositora y soprano de éxito.”

“¡No me digáis que acaba aquí la panorámica sobre nuestras amigas las científicas!”, dijo Michel con aire desilusionado.

Podía estar tranquilo el señorito: todavía había que hablar de la Cunitz, la astrónoma polaca que logró evidenciar muchos errores cometidos por Kepler al calcular la posición de los planetas. “María fue muy criticada porque descuidaba las tareas domésticas para ponerse a escrutar el cielo, elaborar nuevas teorías, escribir tratados. Os sonará extraño, pero quien la sostuvo y la defendió siempre fue su marido. Un caso entre un millón...”

Madame Florel continuó el listado de las sabias mujeres que habían tenido el celo de estudiar las estrellas: de Sophie Brahe a Virginia Galilei; de Margareth Cavendish a Maria Winkelmann, la astrónoma de Leipzig que a principios de nuestro siglo había descubierto un cometa. “Como broche

de oro, os deleitaré con Anna Maria Sibylla Merian, que, al igual que yo, amaba las plantas, pero, al contrario que yo, las dibujaba para estudiar mejor cada una de las fases de su desarrollo...”

Ilustró la metamorfosis de flores y mariposas y publicó varias colecciones de sus tablas. Hasta que, liberada tras su divorcio, partió para la América Meridional, directa a una colonia holandesa, donde, durante un par de años, exploró lugares, acumulando ejemplares de cada especie de insectos, aves, plantas, reptiles y conchas. “Hizo muchos descubrimientos interesantes sobre las propiedades medicinales de algunas plantas y quién sabe dónde habría llegado si la fiebre amarilla no la hubiera obligado a volver a casa...”

La conversación proseguía sin obstáculos, y las relatoras, preocupadas por tener alta la atención de sus compañeros de aventura, modulaban la voz, variando ya la fuerza, ya el fervor, según aquello que, en cada ocasión, querían enfatizar.

De nuevo repiques de campana, de nuevo el sonido del carillón del reloj de encima de la chimenea. Otra hora había pasado y ninguno de los presentes mostraba tener sueño.

Después de una infusión caliente, ligeramente manchada por una gota de anisete, la *salonnière* se puso al piano. “Con vuestra habitual benevolencia, os haré escuchar una pieza breve como un batir de alas, pero profunda como los abismos...”

Tocó *Les Barricades Mystérieuses* de Couperin, renunciando al acompañamiento del laúd y del clavicémbalo. Alegró los ánimos y redobló la admiración que la pequeña platea ya le profesaba cada miércoles por la noche.

“Después de tantas charlas, está bien hacer hablar a la música, ¡ornamento de los príncipes!”, comentó Paul tras el aplauso.

“Pues bien, nada se deja a la casualidad, ¡señores míos!”, dijo la Condesa. “Esta pequeña divagación con la complici-

dad de las notas me permite presentar mejor a las mujeres que destacaron en tal campo.”

Se explayó con su habitual gracia sobre el *canto de las damas*, un grupo de cantantes italianas, todas profesionales, activas en la Casa de Este. “Su estilo, de canto muy ornado, llegó a conquistar tal fama que fue tomado como ejemplo por muchos compositores de la época.”

“En cuanto a las mujeres que destacaron en la música, yo también puedo aportar una”, exclamó Camille, que era muy buena con el piano. “¿Queréis algún nombre de ilustres compositoras del *Bel Paese*? Helas aquí en bandeja: Laura Peverara, Anna Guarini, Livia Arco, Tarquinia Molza eran a menudo contratadas por las cortes de Mantua, Florencia y Ferrara para animar las veladas, desde las seis hasta las nueve, recitando solos, madrigales y duetos. Ganaban verdaderas fortunas, al igual que le ocurrió a Francesca Caccini, primera estrella en la corte de los Médici, experta en música sacra, canciones, *divertissements* para el teatro.”

“Dejadme a mí el honor de hablaros de una música a la que le tengo gran aprecio, y que, por suerte, ¡está aún vivita y coleando!”, intervino Marie-Ange, deteniéndose con Jacqueline de la Guerre, hija de un fabricante de clavicémbalos que dominaba la técnica ya a la tierna edad de siete años. Desde hacía tiempo tocaba en la corte, y el rey Luis decía continuamente maravillas de ella.

“Por mi parte, daré un paso atrás y volveré al final del siglo que nos ha precedido”, dijo madame Florel. A ella, que amaba la danza, le interesaba hablar de Françoise Prévost, la primera bailarina que llegó a ser famosa fuera de sus fronteras. “Por la prensa que todavía circula, se deduce la originalidad de su arte: vestía suaves trajes drapeados de chifón y volaba de una parte a otra del escenario con la ligereza de una mariposa. Nada que ver con lo que se había visto hacer en escena hasta el momento.”

“¿Qué decís, señores, de este carrusel de artistas y cientí-

ficas?”, dijo Charlotte con aire de quien acaba de ganar una difícil partida de ajedrez. “¿Alguna vez habríais creído que fueran tantas y tan dotadas? ¡Y eso que no las hemos mencionado a todas!”

Por lo que a mí respecta, admito que estoy sorprendido”, dijo Gilles. “Sin embargo, si, por un lado, siento malestar por la ignorancia que hasta esta noche fomentaba mi presunción, por otro, me siento justificado por el hecho de que, muy a menudo, la voluntad individual choca contra la tiranía del poder dominante, sin escrúpulos a la hora de decidir qué hacernos saber y en qué dosis.”

Paul se levantó para volver otra vez a la ventana: la nieve continuaba amontonándose sobre casas y calles, con una blancura cegadora que alteraba el color de la noche.

“¡A este paso, se hace cada vez mayor el riesgo de que festejemos todos juntos la Navidad en esta casa!”, exclamó con aire complacido, casi como si el asunto lo pusiera de buen humor.

“¡Donde hay para cuatro, habrá para nueve!”, le respondió la *salonnière*, dispuesta a vaciar su despensa y su bodega.

“Semejante posibilidad me alegra, vista la buena calidad de la compañía”, dijo Gustave mientras los ojos le brillaban de malicia. “No obstante, imagino que tan deliciosa hospitalidad por parte de nuestra amabilísima Condesa tendería a hacer de nosotros los caballeros de chivo expiatorio de siglos de olvido con respecto a las mujeres...”, precisó con una sonrisa larga, que preanunciaba una burla. “Cada día tendríamos, pues, una comida excelente servida con garbo, pero, a cambio, estaríamos obligados a aprender de memoria la historia de Hipatia y de Zoe, de Esther y de Clara...”

Uno tras otro, todos estallaron a reír.

“No me odien los señores, pero, dado que el amanecer se avecina, mejor sería si siguiéramos adelante con la discusión”, solicitó madame Florel, tras haber ido a refrescarse

las muñecas y la sien, para poder permanecer aún lúcida y despierta.

“No eludiremos vuestros reclamos, ni depondremos las armas”, dijo Louis de Vannes, mientras volvía a coger la libreta para tomar apuntes.

“Pues bien, *monsieur*, entonces comenzaré dirigiéndome, precisamente, a vos: sé que si se me ocurriera pedir os informaciones sobre Safo, sin duda, no os pondría en dificultad, es más, ¡sabríais bien cómo elogiar a la poeta de Lesbos! Pero si pronuncio el nombre de Hroswitha, ¿vuestra lengua estaría tan suelta?”

“Nunca he oído hablar de ella, lo admito, y, por la vergüenza, estoy dispuesto a rociarme la cabeza de sal...”

“Fue monja, pero, sobre todo, poeta y habiendo comentado, en sus escritos, la acontecida muerte del emperador Otón I, se puede saber con certeza la época en que vivió.”

“¿Era, por tanto, una sajona? Si no me equivoco, su época fue definida como ‘el siglo de hierro’...”, se entrometió Gilles.

“Escribió deliciosos poemas hagiográficos y numerosos diálogos dramáticos en prosa rimada, cargados de pasiones inquietantes y refinadas heroínas...”

De Hroswitha, las cuatro *femmes* allí reunidas pasaron, por turno, a hablar antes de las trovadoras, activas en Occitania, hasta María de Francia, la primera en escribir poesías en francés y no en latín. La *salonnière* se detuvo, en cambio, en Juana Inés de la Cruz, figura original y controvertida, que se había impuesto en España, a primeros del 1600, como autora de romances y redondillas. Había sido también autora de la *Carta Atenagórica*, en la que se había tomado la licencia de dar su opinión sobre delicadas cuestiones de naturaleza teológica, sosteniendo una arriesgada tesis sobre el principio del libre albedrío. Marie-Ange se prodigó en elogios exagerados sobre su escritora preferida, Margarita de Angulema, reina de Navarra, refinada autora de setenta y dos relatos y variados poemas.

“Permitidme un salto hacia adelante en los siglos”, dijo inmediatamente después Charlotte. Y dirigiéndose a Louis de Vannes, le hizo una pregunta: “Si pronuncio el nombre de Marie-Madeleine Pioche de la Vergne, ¿vos en quién pensáis?”

El caballero no dudó un instante: “No temo equivocarme si afirmo que fue una de las escritoras más elogiadas de su tiempo.”

La otra lo apremió: “¿Sabríais hablarnos de ella por cómo vivió y por lo que produjo nuestra admiradísima condesa de la Fayette?”

“Por lo que yo recuerdo, provenía de una familia perteneciente a la nobleza de toga... Del campo se trasladó a París, donde escribió la novela que la llevó al éxito...”

Satisfecha de la respuesta, Charlotte la completó con otras informaciones: “No exagero al decir que la bella historia de un amor platónico entre una mujer casada y un caballero de corte la hizo inmortal. Nadie antes que ella había osado describir los sentimientos contrastados de una dama dividida entre la lealtad a su marido y la pasión por su amante...”

Marie-Ange amplió la lista con otras respetabilísimas poetas: de la bresciana Verónica Gambara a la romana Vittoria Colonna. De Isabella Morra a Gaspara Stampa.

Era hora avanzada, pero las mentes todavía estaban despiertas, gracias también a un café fuerte, negro y muy caliente que acababan de servir.

“¿Puedo preguntar a nuestros caballeros si han leído el interesantísimo libro de Ménage sobre la historia de las filósofas?”, dijo madame Florel.

“¿Acaso os referís al preceptor de Madame de Sévigné?”, preguntó Paul Dérain, que, en verdad, había oído hablar de él, pero no lo había leído.

Le tocó, pues, a la Condesa, ilustrarlo sobre Diotima la socrática; Hiparquía la cínica, Leoncia la epicúrea, Themistoclea la pitagórica, y sobre la propia Aspasia, de quien, a

fuerza de criticarla por su vida libre, habían olvidado que estaba preparada en retórica y en filosofía y que, según Plutarco, el propio Sócrates *la frecuentaba con interés*. Omitió a Hipatia, porque de ella ya habían hablado mucho.

Louis de Vannes pidió y obtuvo la palabra: “Por mi parte, quisiera rendir homenaje a Eloísa, que no tenía nada que envidiar a Abelardo, pero a quien, lo admito, los estudiosos han relegado injustamente en un segundo plano.”

Haciendo alarde de erudición, citó de memoria lo que su amante había escrito de ella: “Si por aspecto no estaba entre las últimas, por su profundo conocimiento de las letras era la primera...”

Como testimonio de la talla intelectual de Eloísa, elogió el contenido de sus cartas, pero más aún los *Problemata*, obra de carácter edificante que llevaba su firma.

Paul pidió permiso para intervenir: estaba cansado, tenía los pies fríos y las ideas confusas, pero, a pesar de ello, juró haber entendido bien la lección y que, por aquella noche, le bastaba. Era inútil, según él, seguir enumerando nombres y méritos de las mujeres que habían destacado en una u otra disciplina. “Por lo que a mí respecta, vuestro objetivo de humillarnos educándonos está más que logrado.” Por otra parte, el camino para vosotras estaba totalmente rodado, no habiendo entre nosotros ningún epígono de La Bruyère...”

“¡Dios nos libre!”, se sobresaltó Margot Florel, que habría cocido en el horno al famoso moralista, aunque estuviera muerto desde hacía tiempo, pero no antes de haber infectado al mundo con sus pésimas teorías, comparando a las mujeres instruidas con una colección de armas de fuego que “el coleccionista muestra a los curiosos, pero que no tiene más utilidad que la que pudiera tener un caballo de muestra.”

Por otra parte, ella sabía bien que aún en la actualidad, aunque estuvieran en el siglo de las Luces y hombres de ingenio frecuentaran con provecho los salones abiertos de las damas, la *Enciclopedia* las trataba según la tradición, como

seres débiles, excesivamente emotivas, más adecuadas para ser madres que filósofas.

“Si he entendido bien, monsieur Dérain, nos pedís que pasemos por alto a tantas nobles protagonistas de nuestra historia, ¡solo porque tenéis frío en los pies!”, lo provocó Charlotte. “Pero, ¿por qué privaros de que conozcáis a una del calibre de Lucrezia Marinelli, por ejemplo?”, añadió haciendo referencia a la poeta veneciana que a comienzos del 1700 escribió un texto en prosa para elogiar las cualidades de las mujeres y criticar las faltas de los hombres, como polémica respuesta a la obra de un contemporáneo suyo, un tal Passi, que se había tomado la molestia de dar a la imprenta un libelo colmado de misoginia y prejuicios, titulado *De los defectos de las mujeres*.

“Pero como en las mejores comidas y en los platos mejor logrados, ¡faltaría algo si en este momento de la velada no añadiéramos una pizca de pimienta a nuestra discusión!”, dijo la *salonnière*, pasando el relevo a aquellas mujeres, y no eran pocas, que habían empuñado la espada, la lanza, el cuchillo, no tanto para defenderse, sino porque les fascinaba el oficio de las armas.

No se explayó sobre Juana de Arco, pues, aunque, efectivamente, durante la guerra contra los ingleses la intrépida doncella se hubiera puesto al mando de un ejército de diecinueve mil hombres, a ella, más o menos, la conocían todos. Y, además, había sido una criatura más o menos digna de Dios, si no de los hombres. A Margot, en cambio, le interesaba hablar de aquellas mujeres que habían elegido vidas aún más irregulares, fuera de la ley, sin la bendición de los curas o de los cielos. Sorprendió a todos, pues, deteniéndose en las aventuradas hazañas de una tal Alwida, escandinava, que, para huir de un matrimonio impuesto, se había dado a la fuga, poniéndose al timón de un barco cuya tripulación estaba formada por mujeres que, al igual que ella, no tenían intención de casarse. Junto a aquella alegre compañía, nave-

gó por el mar Báltico, haciendo de todo, plantando cara a las borrascas, asaltando barcos y los países de las costas.

“¡Caray con la pirata! ¡Está claro que nuestra vikinga no estaba hecha para los bordados!”, comentó Gustave, preguntando si también otras, como ella, habían surcado los mares para saquear otras embarcaciones.

Madame Florel satisfizo su solicitud: la irlandesa Mary O'Malley estaba a medio camino entre la corsaria y la patriota, habiendo atacado y depredado muchas veces la flota inglesa, pero para liberar a su país de la dominación de Londres.

A la pregunta sobre quiénes eran las piratas más temerarias, no tuvo vacilaciones: Anne Bonny y Mary Read. Cabellos siempre desgreñados, sin miramientos, ideas claras, se lanzaron mucho más allá de los confines de sus mares, luchando con orgullo, como verdaderos soldados. Pero por objetivos propios, no por el bien de su patria. Después, estaba Charlotte de Berry, que merecía una mención aparte.

“No sé si es historia o leyenda, pero se cuenta que un día, para no sufrir abusos por parte del capitán del barco a bordo del cual había subido, Charlotte no vaciló en usar el cuchillo para defenderse, y, en cuanto las tuvo todas consigo, le arrancó la cabeza a su adversario...”, narró la *salonnière*, empujada por una descomedida admiración por la traidora.

“Y después, ¿qué hizo con aquella cabeza?”, preguntó Louis de Vannes, imitando temblores de miedo.

“Jugó a la pelota, para atemorizar a los demás de la chusma. Después, la tiró al mar, para dársela de comer a los peces. Desde aquel día ella se convirtió en la capitana.”

“¿Es todo por esta noche?”, preguntó Gilles, conteniendo a duras penas un bostezo.

“Concluimos rogándoos que tengáis presente que durante el transcurso de los siglos han sido muchas las mujeres que se han quedado entre bastidores”, dijo la Condesa. “Todos admiramos el lienzo de Bayeux, donde, gracias a innumerables golpes de hilo y de aguja se nos desvela la batalla de

Hastings, que cambió nuestra historia. ¿Pero no pensáis que las artífices de aquel largo y difícil trabajo fueron las bordadoras que estaban al servicio de la reina Matilde, esposa de Guillermo el Conquistador?”

“Exacto”, subrayó Camille, añadiendo que si no se hablaba de quien había llevado a cabo muchos importantes trabajos en mil contextos diferentes, era, precisamente, porque a lo que habían hecho las mujeres nunca se le había dado ni un precio ni un peso: “Por esto, nadie me quita de la cabeza que quienes cocinaron la Última Cena fueron cocineras. Por otra parte, ¿no consideraréis también vosotros que si detrás de aquellos benditos fogones hubiera habido cocineros hombres, enseguida habrían sido hechos santos y hoy nos los encontraríamos en el calendario?”

“De acuerdo, *mesdames*: habéis jugado tan bien la partida que al final la habéis ganado”, admitió Louis de Vannes. “De ahora en adelante no podremos no tener en cuenta esta inolvidable lección”, añadió, retirando la provocación con la que, muy a pesar suyo, había comenzado la disputa.

“Y, sin embargo, espero que, al menos por esta noche, consideréis verdaderamente concluido este amigable desafío”, intervino Paul, cada vez más somnoliento y cansado, “pues, aunque lograrais mencionarnos a todas las mujeres que han dejado una señal de su paso por este mundo, supongo que vuestros esfuerzos se revelarían pronto vanos...”

La Condesa abrió los ojos de par en par: “¿Acaso queréis decirnos que lo que se ha dicho hasta ahora os ha entrado por un oído para salir por el otro, y que no quedará rastro en vuestros pensamientos? ¿Que a partir de mañana volveréis a tratarnos a todas como adorables incompetentes sin alma ni historia?”

“Al contrario. Digo solo que cuando la taza de té está llena hay que dejar de echar más, o será inevitable que se derrame... Lo mismo vale para nuestras frágiles mentes: de-

masiados nombres, demasiadas historias no las recordaremos por mucho tiempo, ni aunque quisiéramos. Contentaos, pues, con haber arrojado algo de luz allí donde antes había oscuridad...”

Madame Florel se volvió conciliadora: “Tenéis razón, ¡tampoco Roma se hizo en un día!”

El cielo se despejaba ligeramente, mientras las campanas de Saint-Eustache tocaban las ocho.

“¿La nieve se derrite?”, preguntó Gustave al inquieto Paul, que había ido otra vez a la ventana.

“¡En absoluto, amigo mío! ¡Deberíamos armarnos de palas si queremos dejar la afable hospitalidad de esta casa!”

Se pusieron a discutir sobre el escaso mantenimiento de las calles y de los muchos proyectos iniciados para ampliarlas y arreglarlas, que, sin embargo, nunca se habían llevado a cabo.

“¡París ya no es la misma!”, farfulló Gilles, encogiéndose de hombros. Mientras la población aumentaba, la ciudad tardaba en ponerse al día con servicios más eficientes.

“¡En compensación, todo se mueve y todo cambia!”, exclamó madame Florel. “No hay barrio donde no afloren nuevos cafés y nuevos lugares de encuentro. Y esto es bueno, porque cuando la gente se reúne circulan las ideas...”

“¡Fúlgido ejemplo de ello es vuestro *salón*, querida amiga!”, la aduló Louis de Vannes, quien, aun habiendo salido derrotado en el desafío, había reaccionado como un perfecto caballero, poniendo al mal tiempo buena cara.

La Condesa tocó con insistencia una campanilla y cuando Justine, que se había adormecido en una silla de la cocina, corrió hacia la puerta, le rogó que pusiera a hervir el agua, que era hora de servir otra taza de café negro y muy caliente.

Adriana Assini

Sevilla
2018



María Mercedes González de Sande, Profesora Titular de Filología Italiana en la Universidad de Oviedo. Su campo de investigación principal se centra en el estudio comparado de la lingüística, la literatura y la cultura italo-españolas. Destaca también su dedicación prioritaria al campo de la escritura femenina, como atestiguan las numerosas publicaciones y actividades que ha realizado entorno a dicha cuestión y los proyectos de investigación en los que participa.

Es autora de numerosas ediciones críticas, monográficos y ensayos publicados en volúmenes, revistas y misceláneas nacionales e internacionales. Es miembro de diferentes Comités editoriales y científicos de revistas y colecciones literarias nacionales e internacionales, y Presidenta de la Asociación Universitaria de Estudios de las Mujeres (AUDEM).



Adriana Assini, escritora, traductora y acuarelista nacida en Roma, donde aún mantiene su residencia, es una de las autoras contemporáneas más significativas en el panorama de la narrativa histórica italiana. Sus obras, tanto artísticas como literarias, rescatan y dan voz a personajes femeninos de la Historia universal, con un gran éxito en Italia y fuera de sus fronteras, por conjugar escritura y pintura, fantasía y realidad, historia y ficción con una prosa que envuelve y seduce a quien se asoma a su escritura.

De su extensa obra, se ha traducido en español: *Las rosas de Córdoba*, edición y traducción de Mercedes González de Sande (2011), *Perder la cabeza*, edición y traducción de Mercedes Arriaga Flórez (2013), *Sueños DiVinos*, edición y traducción de María Reyes Ferrer (2017). Se destaca la colección de estudios críticos sobre su obra: *Favole scritte per chi vuole sognare. Studi sulla narrativa di Adriana Assini*, (2018), edición de Milagro Martín Clavijo y Letizia Casella.